

VIDA
DE
SANTA CECILIA
VÍRGEN Y MÁRTIR

POR
EL P. CECILIO GOMEZ RODELES
DE LA COMPAÑÍA DE JESUS



MADRID
JOSÉ DEL OJO Y GÓMEZ, EDITOR
Leganitos, 18, 2.º

1882

82

a.39-6^a

8382

VIDA
DE
SANTA CECILIA.

VIDA
DE
SANTA CECILIA

VÍRGEN Y MÁRTIR

POR

EL P. CECILIO GOMEZ RODELES

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS



MADRID

JOSÉ DEL OJO Y GOMEZ, EDITOR

Leganitos, 18, 2.º

—
1882

MADRID, 1882. — Est. Tip. de los Sucesores de Rivadeneyra.
Paseo de San Vicente, 20.

INTRODUCCION.

Plugo al Señor, para sus altísimos é insondables designios, hacer un como alarde del poder de su gracia en la noble jóven romana Santa Cecilia.

A los encantos de la edad, al prestigio que da la nobleza y opulencia, reunia Cecilia otros dones incomparablemente mayores, que hacian su alma gratisima á los ojos de Dios, y amable sobremanera á los de los hombres.

En medio de un pueblo hinchado por la soberbia, enorgullecido por las conquistas de naciones poderosísimas, ávido de espec-

táculos sangrientos y de placeres inmundos, enriquecido con los despojos de grandes imperios, olvidado de Dios, y fanático adorador de dioses imbéciles que autorizaban todos los vicios y crímenes, ¡cuán plácida y majestuosa se levanta la figura de Cecilia, gloria y ornamento de la Roma cristiana!

Virgen esclarecida, mártir invicta, esposa fidelísima, defensora y anunciadora del Evangelio, supo juntar la humildad cristiana con la nobleza patricia, ocultando los rigurosos instrumentos de mortificación con que castigaba su inocente cuerpo, bajo el brocado y preciosas alhajas. Ricos y pobres, eclesiásticos y seculares, todos hallaban franca entrada y amorosa acogida en su amante corazón, saliendo prendados de su trato, y admirados de la gracia y encanto de sus palabras.

Su vida, verdaderamente admirable, se halla narrada con ese tinte de naturalidad y verdad que respiran generalmente las Actas de los Mártires, no quedándonos apenas otra tarea que la de traducir el relato que

con respeto y veneracion nos ha sido transmitido por las generaciones cristianas. Entretejerémos además las noticias que autores fidedignos han descubierto de la vida y martirio de la Santa, sacándolas del estudio que con piedad, erudicion y ciencia han hecho de las catacumbas y otros monumentos de la Roma cristiana.

Tienen las Actas de Santa Cecilia los encantos de la más hermosa narracion y el atractivo de la pura verdad; de suerte que en su lectura no toman menor parte la imaginacion y el entendimiento que la voluntad y el corazon. Con suave y agradable eficacia mueven al lector á practicar aquello mismo que no puede ménos de admirar y alabar en el modelo que tiene delante.

Siendo los tiempos y circunstancias en que vivió Santa Cecilia tan distintos de los nuestros, y escribiendo principalmente para la instruccion y cristiano recreo de los jóvenes, parece conveniente guiarlos como por la mano, explicándoles lo que probablemente ignoran, llamándoles la atencion sobre el es-

tado de la sociedad de Roma, y dando alguna descripcion topográfica del sitio en que tienen lugar algunos de los sucesos que se vayan relatando.

I.

Roma á mediados del siglo II.

Por muerte del emperador Antonino en el año 161 de la era cristiana, le sucedió Marco Aurelio, quien se asoció en el Imperio á Lucio Vero.

Poco despues de Antonino murió el papa San Aniceto, y ocupó el trono pontificio San Sotero.

Muy léjos estaba en aquel tiempo la Iglesia de gozar de perfecta paz, y mucho ménos podia contar con la proteccion de los emperadores.

Sin embargo, en el siglo trascurrido desde la persecucion de Neron, los cristianos iban ganando terreno, y preparando el deseado triunfo.

Crecia visiblemente el número de los fie-

les, hallando el Evangelio buena acogida, no sólo entre el sencillo pueblo, pero aún entre las familias más ilustres de la capital del Imperio.

Los apologistas cristianos, como el insigne filósofo San Justino, habían dado á conocer la injusticia con que eran perseguidos y martirizados los seguidores de Jesucristo; el milagro de la Legion fulminante no podia ménos de llamar la atención de los emperadores, y de hacerles mirar con respeto á unos hombres á quienes tan visiblemente protegía el cielo.

Pero el vulgo, generalmente mal aconsejado y amante de espectáculos crueles, los judíos, enemigos jurados del nombre cristiano, y sobre todo, Lucifer, furioso por las muchas derrotas que sufría, estaban siempre dispuestos á ver con gusto y salvaje placer, regada con sangre de los discípulos de Jesucristo la arena del circo, y despedazados los cuerpos de los fieles por los dientes y garras de los leones.

Las calumnias contra los cristianos, por

atroces que fuesen, hallaban fácil acogida entre los idólatras; mil fábulas y cuentos ridículos corrían sin obstáculo de boca en boca, pintando á los fieles como á gente sanguinaria y repugnante, digna de general execración. La menor acusacion que podían levantar contra el Evangelio era llamarle supersticion extranjera, en aquella misma ciudad en que eran venerados los dioses de todas las naciones conquistadas, y acogidos sin dificultad los errores religiosos y supersticiones de todo el mundo.

Como si todas estas contradicciones no fuesen bastantes, se allegaba la refinada malicia de los sacerdotes de los ídolos, los cuales, atribuyendo á los cristianos las desgracias y calamidades públicas, instigaban al pueblo á pedir á los emperadores y magistrados venganza contra los causadores de tanto mal.

Muerto Lucio Vero en 169, Marco Aurelio se asoció, á los 27 de noviembre de 177, á su propio hijo Lucio Aurelio Cómodo, confiriéndole la dignidad de Augusto.

Poco podian esperar los fieles del nuevo emperador Marco Aurelio, pues siendo aficionado á la literatura y filosofia, se rodeó de una turba de sofistas, literatos y jurisconsultos, estoicos como él y enemigos del Evangelio.

Excitados de este modo el fanatismo pagano, los celos de los judíos y el orgullo de los filósofos, cualquiera circunstancia, por insignificante que fuese, podia dar motivo á una nueva persecucion.

Contra todos estos enemigos no tenian los cristianos más armas que la paciencia y la oracion.

Devolvian bien por mal; trataban de hacer nuevos prosélitos con la persuasion y el buen ejemplo, siendo los mejores súbditos en la paz y en la guerra, dispuestos siempre á sellar con su sangre la verdad de su religion, seguros de que muriendo por tan buena causa se abrian paso para la eterna vida.

En aquellos tiempos, abrazar el cristianismo era emprender el camino del martirio.

II.

Nacimiento y niñez de Cecilia.

La familia de los Cecilios era de las más nobles y antiguas de Roma, y se hallaba emparentada con casi toda la aristocracia de la capital del mundo. Varios de sus miembros habían añadido á su glorioso renombre un nuevo y mejor timbre abrazando el cristianismo. Por entónces, en los primeros años del imperio de Marco Aurelio, nació Cecilia, y desde su niñez se vió alistada en las banderas de Jesucristo.

Parece que la Santa nació ó, por lo ménos, vivió en una quinta que Cecilio Metelo Numídico había construido en la vía Tiburtina, á cinco millas de la ciudad.

Pasan por alto las Actas la niñez de Cecilia, contentándose con narrarnos á la larga

lo referente á su matrimonio y á su martirio ; pero bien se desprende de ellas que su vida debió de ser inculpable y adornada de todas las virtudes propias de su edad y sexo.

No habia entónces, como ahora , templos magníficos, construidos en los sitios más públicos, en que sin temor podian reunirse los fieles para asistir á la celebracion de los divinos Misterios. Tampoco era el cristianismo la única religion del Estado, ó por lo ménos una de las admitidas ó toleradas por las autoridades romanas. Muy al contrario, como culto proscrito y perseguido, debia buscar el silencio y retiro hasta que pasase el tiempo de las persecuciones.

Los fieles, para tener sus reuniones religiosas, se valian de la estratagema siguiente: era costumbre entre los nobles romanos construir panteones de familia en sus quintas y vastas posesiones, sitios que, por respeto á los muertos, estaban libres de las pesquisas y visitas de la policia urbana, que respetaba los sepulcros.

Siendo el suelo de Roma arcilloso y lige-

ro, se presta admirablemente á la construcción de galerías subterráneas. Cuando las personas nobles abrazaban el cristianismo, sus panteones antiguos, ó los que de nuevo construían, servían de asilo á los cadáveres de otros fieles, los cuales, sin ser quemados como solía practicarse con los de los idólatras, y sin mezcla de superstición pagana, eran enterrados en nichos abiertos en las paredes de las galerías.

Estas se iban multiplicando y alargando á medida que las anteriores se hallaban ocupadas, sin que las autoridades pudiesen estar enteradas de lo que pasaba, ya por el ningún acceso que tenían á aquellos sitios, como sagrados, ya por las muchas precauciones tomadas por los fieles.

Algunos salones de mayores dimensiones servían al mismo tiempo á los cristianos de santuarios, donde asistían á misa, oían la palabra de Dios, y recibían los Santos Sacramentos.

Alejados del bullicio, reunidos en aquellas misteriosas regiones, aprendían los discípu-

los de Jesus crucificado á despreciar los bienes del mundo y buscar los celestiales. Allí tenian á los mártires, héroes de la fe, que por defenderla habian dado su vida entre afrentosos y crueles tormentos, pero que, terminados éstos, *descansaban en pax* y gozaban de la presencia de Dios.

Ya nos podemos formar ahora alguna idea de los sitios y reuniones que frecuentaba Cecilia. El palacio de sus padres y las catacumbas serian su ordinaria habitacion. En sus maneras distinguidas, ricos trajes y lujoso acompañamiento, se echaria de ver que era una jóven romana de la primera nobleza, digno vástago de los Cecilios : su modestia y virginal candor declaraban que era una fervorosa jóven cristiana.

No entraria en las catacumbas con el miedo y pavor que causa un sitio profundo, oscuro, rodeado de sepulcros. Antes por el contrario, en ellas hallaria su corazon, como le hallaban todos los cristianos, un sitio de refugio, asilo de la paz y tranquilidad del alma ; un centro de luz sobrenatural, donde

las criaturas trataban más íntimamente con Dios, y Dios se comunicaba con mayor efusion á sus criaturas.

Gracias á la luz que entraba por claraboyas abiertas de trecho en trecho, y á la claridad que despedian las lámparas colgadas ante las reliquias de los mártires, podia leer las sencillas pero elocuentes inscripciones grabadas en los sepulcros. Aquellos valerosos campeones de la fe *descansaban en paz, dormian el sueño de los justos*; sus huesos estaban aguardando la *resurreccion* para gozar en compañía de sus almas bienaventuradas. En las bóvedas, y aún al rededor de los nichos, se hallaban representados por manos hábiles, en pinturas de muy buen gusto, los misterios de la religion, las parábolas evangélicas, y en general las enseñanzas cristianas, por medio de símbolos y figuras, cuya interpretacion comprendemos fácilmente nosotros, y mejor la comprendian los contemporáneos.

III.

La Virgen.

Dejemos ya las conjeturas, por más que se apoyen en argumentos muy probables, y entremos de lleno en la narracion de los hechos segun los leemos en las Actas.

Elevacion de pensamientos, nobleza de carácter, desprendimiento de las cosas terrenas, generosidad para con Dios y para con los hombres, ánimo magnánimo, invicto; hé aquí algunos de los rasgos con que nos describen á la noble patricia.

En aquel tiempo de persecucion y de lucha no era dado encontrar cristianos tibios; de la prueba salian apóstatas ó héroes. Y sin embargo, entre tantos cristianos eminentes, ¡cómo descuella por su virtud la jóven Cecilia!

Hay en el Evangelio sublimes enseñanzas, mucho que aprender, y difíciles ejemplos que imitar; como que el mismo Dios se pone por modelo de santidad, para que cada uno, según sus fuerzas, copie en su corazón, con la mayor perfección que le sea posible, su divina imagen.

Dios nos impone los mandamientos y nos exhorta á los consejos. Sin la guarda de los mandamientos no le podemos agradar; con el cumplimiento de los consejos nos hacemos gratísimos á sus divinos ojos. Ser fiel á los mandamientos no se puede sin tener ánimo esforzado, robustecido por la gracia; llegar á la perfección de los consejos solamente lo consigue el que, teniendo temple de héroe, obedece á la inspiración del cielo.

Para el noble y generoso corazón de Cecilia los consejos se convirtieron en preceptos, porque al que mucho ama le basta conocer el deseo y la voluntad del amado para que voluntariamente se imponga la obligación de cumplirlo.

Santo es el matrimonio, instituido por

Dios, y elevado por Jesucristo á la dignidad de Sacramento. La Iglesia, instruida por su divino fundador, bendice la union de los esposos, y les confiere gracia para que cumplan fielmente las nuevas obligaciones que contraen al casarse.

Pero hay un estado mucho más santo y perfecto, mucho más agradable á Dios y á sus santos ángeles : la virginidad. Virtud sublime, pues parece más propia de ángeles que de almas encerradas en cuerpos corruptibles.

Esta hermosísima virtud robó el corazón de Cecilia. Llevaba la Santa oculto en el pecho un ejemplar de los Santos Evangelios, y en ellos aprendía la sabiduría divina que nos enseñó el Redentor. Su lectura la encendía cada vez más en el amor de Jesucristo, y contando con su divino auxilio, deseaba tenerle por único y verdadero esposo.

Una voz interior la convidaba á ofrecérsese en cuerpo y alma, para merecer de este modo los extraordinarios privilegios prometidos á las vírgenes.

Grande era el sacrificio, pero otras jóvenes lo habian hecho ántes que ella. Petronila, Domitila, Balbina, Serapia, Pudenciana y Práxedes, siguiendo el ejemplo de María Santísima, Reina de las vírgenes, habian consagrado á Dios su virginidad, y Cecilia se sentia vivamente inclinada á imitarlas.

Peligros y dificultades no le habian de faltar; pero segura de que le daria fuerzas para vencerlos el que la llamaba á tan santo estado, hizo voto de virginidad, no en público, sino en el santuario de su corazon, sin más testigos que Dios y los ángeles.

Desde aquel momento el divino Esposo de las almas, complacido con el suave aroma que despedia el sacrificio de Cecilia, la tomó por esposa, rodeándola de su especial proteccion, y colmándola de sus celestiales dones y carismas.

La vírgen, amante del retiro y de la soledad, hizo en su corazon un como templo, á donde se retiraba para conversar con su esposo Jesucristo, escuchaba sus divinas palabras, consultaba con él sus dudas, y compar-

tia sus penas y alegrías. Nunca estaba mejor acompañada que cuando se retiraba del trato de los hombres.

¿Cómo no había de estar alegre viendo y tratando al que es la alegría del cielo? Jesucristo era para Cecilia Maestro que le enseñaba su celestial doctrina, médico que sanaba las heridas de su corazón, todo su bien, su mejor y aún único verdadero tesoro. Pronto tendrá que mostrar la fidelidad á sus promesas, y el valor á toda prueba que comunica la gracia de Dios, sobreponiéndose á la debilidad de la naturaleza.

IV.

La Esposa.

La clase elevada á que pertenecía Cecilia la ponía en contacto y en roce continuo con la nobleza romana. Joven, agraciada, sujeta á las conveniencias de su rango y á las exigencias de la familia, llevaba un magnífico vestido de seda bordado de oro, y los adornos y alhajas correspondientes á las personas de su sexo y condicion.

Sus padres veían en Cecilia una hija digna de ellos y de sus antepasados, y esperaban que resultaría nueva gloria para su familia casándola con algun joven romano, ilustre por la gloria heredada de sus mayores.

Como la ley romana daba á los padres un poder absoluto sobre los hijos, tratándose

de hacerles contraer matrimonio, ¿cuáles serian las ansiedades y temores de la pudorosa vírgen al ver que su familia trataba seriamente de colocarla, y que ya se hablaba de contraer los desposorios?

Para colmo de desgracia, el jóven que pretendia su mano era gentil.

En tal estado de cosas, ¿podia Cecilia en conciencia, sin ofender gravemente á Dios, seguir encerrada en su silencio, y ocultar el voto que tenía hecho de virginidad? ¿Le era lícito continuar callando siendo causa de que sus padres la obligasen inconscientemente á hacer una cosa mala? ¿No cometia con su futuro esposo una grave injusticia ofreciéndole lo que no podia cumplir?

Aunque no se viese ligada voluntariamente con el voto, el peligro para su alma era inminente al unirse con un pagano, adorador de los ídolos, y enemigo del único Dios verdadero.

Y sin embargo, el jóven Valeriano, obtenido de los padres de Cecilia el sí tan deseado, veia acercarse con indecible consuelo

el momento en que podia dar á la jóven el nombre de esposa. Muy noble era él, pero no lo era ménos Cecilia; grandes los tesoros de ambos, y pingües las posesiones que les iban á caber en suerte; pero con sólo el amor de Cecilia se creia Valeriano el hombre más feliz del mundo.

¿Habló el Señor clara y distintamente á nuestra heroina, diciéndole que contrajese el proyectado enlace, y revelándole lo que con el tiempo sucedió, ó se contentó con esa habla interior, ménos perceptible pero no ménos persuasiva, y tranquilizadora de las conciencias? Las Actas no nos lo dicen: pero la resolucion de la vírgen romana de continuar en su silencio y unirse con Valerio, sin pedir dispensa del voto, no parece tener otra calificacion que la inspiracion divina.

Fiada en ella, y sobre todo no habiéndole sido posible deshacer el proyectado enlace, por más que lo procuró, dejó que el Señor le fuese dando á entender los medios que debia poner en práctica para que su amada virtud quedase ilesa en el próximo combate.

Llegó el invierno de 177 á 178. En las dos casas de los Cecilios y de los Valerios se comenzaron á tomar disposiciones para la boda , siendo todo fiestas, diversiones, músicas y saraos, miéntras aquéllas se concluían.

Sólo el corazon de Cecilia estaba cubierto de tristeza y de dolor. Temía entrar de lleno en la vida ociosa y regalada de la nobleza romana, y frecuentar las reuniones mundanas de las que estaban desterradas las virtudes del Evangelio.

Pero lo que más sobresaltaba su corazon era la idea de que le quitasen de su alma á Jesucristo, no poder llamarle su único y verdadero esposo. No habia sacrificio que la arredrase, ni martirio que no estuviese dispuesta á padecer con tal de perseverar fiel á su voto.

Para merecer más seguramente la proteccion del cielo, empezó por poner de su parte todos los medios que estaban en su mano.

Enseñada la jóven patricia en la escuela de las catacumbas, junto á los sepulcros de los mártires, no oía con horror el nombre de

penitencia, ni se escandalizaba de la cruz de Jesucristo; ántes por el contrario, sabiendo muy bien que si el reino de los cielos lo ha criado Dios para ricos y pobres, ricos y pobres deben abrazar la mortificacion cristiana; á semejanza del Redentor, se hacía á sí misma esa violencia que pide Jesucristo á los que quieren conquistar la bienaventuranza eterna á pesar de los esfuerzos de los enemigos de su salvacion.

Pero realzando la mortificacion con el mérito de la humildad, satisfecha de que viese Dios sus buenas obras, las practicaba en secreto, librándose de este modo más fácilmente del peligro de la vanagloria.

Bajo el suntuoso vestido llevaba, á raíz de sus delicadas carnes, un áspero cilicio, y no se le pasaba dia alguno, ni noche, en que no hiciese fervorosa oracion para alcanzar del Señor que desvaneciese el proyectado enlace, ó en caso de efectuarse, la amparase con extraordinaria proteccion para conservar intacta su virginal integridad.

A ejemplo de los primeros cristianos, para

alcanzar del cielo esta gracia tan singular, ayunaba dos ó tres dias seguidos, con el rigor de los ayunos de los primitivos fieles, no tomando alimento sino á la tarde, y entónces en la cantidad necesaria para sostener la vida.

¡Con qué instancias encomendaba al Señor la hora de su enlace con Valeriano, que tanto le hacía temblar! Para dar más eficacia á su oracion, y doblegar más fácilmente al Señor, que muchas veces no nos concede al instante, para nuestro mayor bien, lo que le pedimos, se ponía en retirada oracion, y teniendo extendidos los brazos en forma de cruz, dirigia sus plegarias, llena de confianza, á aquel bondadoso Señor que por nuestro amor extendió los suyos y se los dejó clavar en el santo madero.

Llegó por fin el dia de las grandes alegrías y de los grandes temores: alegrías, para Valeriano y su familia y para los parientes de Cecilia; temores, para la vírgen cristiana, á quien contra su voluntad obligaban á contraer matrimonio.

Sencilla al par que significativa era la ce-

remonia de las bodas entre los romanos, resto de la antigua sencillez de costumbres de los primeros habitantes de Roma.

Querian los fundadores del Imperio infundir en el ánimo de la que iba á casarse el espíritu de laboriosidad y sencillez, como adornos muy propios de la que debia pensar, más que en galas y gastos supérfluos, en ser madre de familia consagrada exclusivamente al cuidado de los de su casa.

Salió, pues, Cecilia de su habitacion en traje de boda. Vestia túnica de lana blanca, ceñida con cinturon de la misma tela y color, en recuerdo de los vestidos que con sus propias manos tejia la real matrona Caya Cecilia, su ilustre ascendiente. El color blanco era símbolo del candor que debia adornar y en efecto adornaba su alma.

Llevaba su hermosa cabellera suelta, dividida en seis trenzas, á la manera de las vestales. Un velo de color de fuego ocultaba su encendido rostro á las miradas profanas.

Practicadas las ceremonias que eran como preparacion, Valeriano toma con su mano

la mano temblorosa de Cecilia, le pone el anillo nupcial, y queda de este modo terminado el desposorio.

Todo esto pasaba en casa de la esposa.

Á la caída de la tarde, según costumbre antigua, la nueva esposa fué conducida al palacio de su esposo.

Vivia Valeriano al otro lado del Tíber, en la XIV region de Roma, cerca de la vía llamada *Salutaris*, á corta distancia del puente Sublicio.

Precedían al cortejo nupcial algunas personas con antorchas encendidas. El palacio de los Valerios estaba ricamente engalanado y adornado con flores. Según la costumbre de sus antepasados, al entrar la esposa en casa de su esposo le presentaban agua para recordarle la pureza que debía adornar su alma; le entregaban una llave, símbolo de la administración interior de la familia, que desde entónces le era confiada, y por fin, se sentaba un instante en un vellocino de lana, que le significaba los trabajos domésticos, con que debía familiarizarse.

Los esposos pasaron en seguida al comedor, donde se sirvió el banquete de boda.

Miéntas los instrumentos músicos y los cantos de enhorabuena resonaban en aquel alegre recinto, Cecilia, elevando su espíritu á su celestial esposo, le decia interiormente: «Una gracia os pido, dulcísimo Jesus mio, y es que ni mi corazon ni mi cuerpo pierdan jamás ni una mínima parte de su entereza; no sea yo frustrada de este favor que espero de vuestro poder.»

V.

Temores y esperanzas.

Se acercaba el momento en que la gracia iba á empezar á hacer por medio de Cecilia una no interrumpida serie de prodigios, obtenidos por sus fervorosas oraciones.

Acabado el festin, algunas matronas acompañaron á la esposa hasta la puerta de la cámara nupcial, decorada con el lujo y magnificencia que acostumbraban á hacerlo en semejantes ocasiones los romanos distinguidos. Valerio iba detras de la vírgen.

Así que estuvieron solos, revestida Cecilia de dignidad y fuerza sobrenatural, y hablando por su boca la gracia de Dios, dijo al jóven estas sencillas palabras :

—Valeriano, un secreto tengo que confiarte ; pero no lo haré miéntras no me em-

peñes tu palabra de que no ha de salir de tu pecho.

¿Cómo no lo habia de prometer Valeriano?

—Pues has de saber, añadió Cecilia, que la guarda de mi cuerpo está á cargo de uno de aquellos espíritus celestiales que sirven á mi Dueño y á mi Rey en la córte del empíreo, centinela invisible de mi virginidad, que la defiende contra todos los que se atrevan á atacarla. Si pretendieres tú violar este sagrado, desde el mismo punto se declarararia enemigo tuyo; pero, al contrario, si le respetas y me dejas intacta, experimentarás tú el mismo amor que me profesa á mí, y gozarás, como yo, de su hermosísima presencia.

Dió el Señor á estas palabras toda la eficacia que la vírgen deseaba; tanto, que, desde aquel mismo punto comenzó Valeriano á mirar á su esposa con veneracion y respeto.

Sin embargo, como las palabras de ésta contrariaban todos sus designios y aspiraciones, quiso asegurarse de que no le engañaba.

— Cecilia—le dijo— si quieres que crea tus palabras, hazme ver ese Angel. Cuando le vea y le reconozca por el Angel de Dios, haré lo que me dices ; pero si amas á otro hombre, sepas que á tí y á él os atravesaré con mi espada.»

Sin turbarse la vírgen , le dice :

—Valeriano, si quieres seguir mi consejo, y consientes en ser purificado en las aguas de la fuente que saltan hasta la vida eterna; si crees en el único y verdadero Dios, que reina en los cielos , podrás ver el Angel que vela en mi defensa.

—¿Y quién me purificará para que vea tu Angel?

—Hay un anciano—le respondió Cecilia—que purifica á los hombres, despues de lo cual pueden ver al Angel de Dios.

—¿Y dónde hallaré á ese anciano?—replicó vivamente su esposo, impaciente por conseguir tan grande dicha.

Satisfecha Cecilia de la primera entrevista tenida con su esposo, y en la seguridad de que el Señor acabaria la obra comenzada,

le dió las instrucciones convenientes para que lograrse la gracia de la regeneracion.

Á fin de que la narracion se haga más inteligible, conviene explicar quién era el anciano que tanto bien hacía á las almas, y dónde vivia.

Heródes Ático, retórico ateniense, preceptor de Marco Aurelio y de Lucio Vero, habia construido á su esposa Ania Atilia Regila un sepulcro y varios edificios cerca de la vía Apia, que llegaron á convertirse en un arrabal, á quien puso por nombre Triopio.

Éste confinaba con las catacumbas de Pretextato, no léjos del inmenso cementerio cristiano de Domitila y del de Lucina, enriquecidos con los sagrados despojos de muchos confesores de la fe y de innumerables mártires.

Á derecha é izquierda de la vía habian construido las familias cristianas no pocos sepulcros de familia, en sus granjas ó sitios de recreo, que protegian los trabajos subterráneos de las catacumbas, poniendo á los fieles á cubierto de la policia urbana.

Conocedores los cristianos del santo y seña que los distinguia de los paganos, podian fácilmente penetrar en los venerables subterráneos para participar con seguridad de los divinos misterios, sin intervencion de los profanos.

Por muerte de San Sotero, ocupaba la silla de San Pedro San Eleuterio.

No pudiendo el nuevo Pontífice visitar frecuentemente el barrio de la vía Apia, por estar tan apartado, y atender por sí al cuidado y vigilancia de aquella parte de su rebaño, habia puesto por Vicario suyo y superior de aquella region al obispo San Urbano.

Este santo prelado estaba en íntima relacion con Cecilia, porque ella, con ocasion de ir á una propiedad que tenian los Cecelios junto al cementerio de Pretextato, ó de llevar abundantes limosnas con que la jóven romana socorria á los fieles necesitados, visitaba frecuentemente aquel centro tan importante de la Roma cristiana.

Los pobres veian en Cecilia la providencia visible, y como la mano dadivosa de Dios,

que no se olvidaba de socorrerlos con largueza.

Era, pues, el nombre de Cecilia muy grato al santo Obispo y á los pobres, que con mucho disimulo, al propio tiempo que pedían limosna á los transeuntes, servían de guías á los fieles, y guardaban las entradas de las catacumbas, para que los gentiles no profanasen aquellos venerandos asilos.

Parece desprenderse de las Actas que, previendo la vírgen romana con luz sobrenatural lo que iba á suceder, habia dado las instrucciones convenientes á los pobres cristianos del Triopio.

Así que, oida la pregunta de Valeriano que ¿dónde encontraría al anciano por quien tanto suspiraba? le dijo su esposa: «Sal de la ciudad por la vía Apia, y al llegar á la tercera milla, hallarás á unos hombres que te pedirán limosna. Aquellos pobres son objeto de mi constante solicitud, y conocedores de mi secreto.

» Al acercarte á ellos, los saludarás en mi nombre, diciéndoles: «Cecilia me dirige á

» vosotros para que me encamineis al santo
» anciano Urbano., á quien tengo que dar un
» recado en secreto.»

» En viendo al anciano, le dices las pala-
bras que has oido de mi boca, y despues de
purificarte, te vestirá de vestidos nuevos y
blancos. Así que vuelvas á este sitio donde
te estoy hablando, verás al santo Angel,
que será ya amigo tuyo, y de él obtendrás
cuanto le pidas.»

VI.

Bautismo de Valeriano.

¡ Poder irresistible de la gracia !

Empezaba á rayar el alba. El jóven romano, como ciervo sediento que corre á la fuente de las aguas, dejó á Cecilia, se encaminó al sitio indicado, y guiándole los pobres á la presencia de San Urbano, refirió á éste lo que le acababa de pasar con su esposa.

El santo Obispo, inundada el alma de gozo, cae de rodillas, y levantando los brazos al cielo, exclama, derramando lágrimas de consuelo :

« ¡ Oh Señor Jesucristo, autor de las castas resoluciones, recibid el fruto de la divina semilla que en el corazon de Cecilia habeis sembrado ! ¡ Oh Pastor de las almas ! vues-

tra sierva Cecilia, como elocuente oveja, ha cumplido el cargo que le habeis encomendado.

»Halló á este su esposo como á leon bravo, y le ha trocado en manso cordero. Si Valeriano no hubiera creído ya, no habria venido hasta aquí. Abridle, Señor, los oídos de su corazón, para que conozca que vos sois su Criador, y renuncie al demonio, á sus pompas y á sus ídolos.»

Mientras que el Santo oraba y estaba Valeriano enteramente conmovido, se les apareció á entrambos un anciano venerable, vestido con vestiduras blancas como la nieve, el cual tenía en la mano un libro escrito con letras de oro. Era San Pablo, apóstol de los gentiles.

Á su vista cae al suelo el jóven aterrado. El augusto anciano le levanta con bondad y le dice: «Lee las palabras escritas en este libro, y cree, y merecerás ser purificado, y contemplar al Ángel cuya vista te ha prometido la fidelísima vírgen Cecilia.»

Levanta los ojos Valeriano, y sin pronun-

ciar una palabra, lee esta sentencia: «*Un solo Dios, una sola fe y un solo bautismo. Un solo Dios, padre de todos, que es sobre todos, y por todas las cosas y en todos nosotros.*» (Eph., IV, 5, 6.)

Cuando hubo acabado de leer, le dijo el anciano: «¿Crees que es así? — Nada hay más verdadero en el cielo—le respondió Valeriano con energía; — nada que deba ser creído con más firmeza.»

Desapareció San Pablo; el santo Obispo instruyó al neófito en las principales verdades de la fe, le regeneró en el agua bautismal, le hizo participar de los divinos misterios, y le envió á verse con su esposa.

¿Qué habia hecho Cecilia en aquellas pocas horas? Con sus fervientes ruegos acompañaba á su esposo, y le obtenia del cielo abundancia de gracias para que se obrase en su corazon aquella admirable trasformacion.

Animado Valeriano del ardiente deseo de ver al Ángel, corrió presuroso, vestido de la túnica blanca de los neófitos, y encontró á Cecilia donde la habia dejado, haciendo oracion.

A su lado estaba un Ángel hermosísimo, cuyo rostro resplandecía como el sol, y sus dos alas brillaban como si fuesen de purísimo fuego. Tenía dos coronas, una en cada mano, formadas de rosas y de azucenas, de una frescura incomparable, cuya hermosura era embeleso de los ojos, y recreo del olfato su inexplicable fragancia.

Puso á cada uno de los dos jóvenes su corona en la cabeza, diciéndoles que el esposo de las vírgenes les presentaba aquel regalo, cuyas flores jamás se marchitan, ni pierden su suavísimo olor; pero que no podrían ser vistas sino de las almas puras y castas.

«Ahora, ¡oh Valeriano!—añadió el Ángel—puesto que te has conformado con el casto deseo de Cecilia, Jesucristo, hijo de Dios, me envía para acoger cualquiera petición que le hagas.»

El amor de Dios es activo, y no puede apoderarse de un corazón sin que en seguida tienda á comunicarse á los demás.

Acaba Valeriano de convertirse á la fe, y

ya le vamos á ver hecho un apóstol. Tenía un hermano, llamado Tiburcio, á quien amaba entrañablemente; pero éste era gentil.

Oyendo, pues, Valeriano el ofrecimiento del Ángel, se prostra á sus piés, y lleno de gratitud le dice : « Nada hay en el mundo á quien estime tanto como á mi hermano. ¡Y será para mí cosa muy dura, ahora que me veo libre de la idolatría, dejarle á él en peligro de perderse para siempre! Una cosa pido á Jesucristo, y es que libre á mi querido Tiburcio, como me ha librado á mí, y nos haga á ambos perfectos en la confesion de su nombre. »

Brilló en el rostro del Ángel un reflejo de la alegría que tienen en la conversion de los pecadores, y le dijo : « Puesto que has pedido una gracia que Jesucristo está aún más dispuesto á conceder que tú deseoso de conseguirla, te hago saber, que así como ha ganado tu corazon por medio de su sierva Cecilia, del mismo modo ganarás tú el de tu hermano, y ambos recibiréis la palma del martirio. » Dicho esto, el Ángel desapareció.

Difícil sería querer explicar los transportes de gozo á que se entregaron el nuevo cristiano, tan favorecido de Dios, y la esclarecida vírgen Cecilia. ¿De qué iban á hablar, y en qué se habian de ocupar sus entendimientos y corazones, sino de la infinita dignacion y bondad de Dios para con ellos?

El Ángel habia anunciado el martirio de Valeriano y Tiburcio; pero tambien Cecilia ceñia la celestial corona, donde, para entretejerla, á las azucenas, símbolo de pureza, se unian las rosas, emblema del martirio.

VII.

Conversion de Tiburcio.

Breves se hacen las horas al que ama ;
pero largas y perezosas al que espera.

Entretenidos seguian en su celestial conversacion los dos esposos, miéntras Tiburcio estaba fuera, impaciente por saludarlos.

Siendo Cecilia esposa de su querido hermano, la debia considerar como á hermana. Entró, pues, y saludó á la jóven dándole un ósculo fraternal. Pero ¿cuál fué su sorpresa al sentir que de la cabeza de Cecilia salia un suavísimo perfume, como de frescas y delicadas flores de primavera?

— Cecilia — le dice — en esta estacion, ¿de dónde viene este olor tan grato á rosas y azucenas? Aunque tuviese yo ahora en mis manos el más escogido ramillete de flores no

gozaria del grato aroma que respiro. Y lo mejor del caso es que este olor me penetra hasta el alma, llenándola de inexplicable gozo.

—Tiburcio, yo soy—le dijo Valeriano— el que te ha conseguido el favor de sentir esa suave fragancia : si quieres creer, hasta merecerás ver con tus propios ojos las flores de que emana. Entónces conocerás á Aquél cuya sangre es roja como las rosas, y su carne blanca como las azucenas. Cecilia y yo ceñimos coronas que tus ojos no pueden ver todavía : las flores de que están formadas tienen el color de la púrpura y la blancura de la nieve.

—¿Estoy soñando—replicó Tiburcio— ó es verdad todo lo que dices?

—Hasta ahora—añadió su hermano— nuestra vida sólo ha sido un sueño ; pero ya estoy en la verdad, y no hay falsedad alguna en cuanto he dicho, ¡porque los dioses que adorábamos no son más que demonios!

—¿Cómo lo sabes?—le interrumpió Tiburcio.

Y Valeriano le respondió :—El ángel de Dios me ha instruido, y tú también podrás verle en todo su esplendor, si consientes en purificarte de la mancha de la idolatría.

—¿Y cuánto tiempo tendrá que durar esa purificación que me ha de hacer digno de ver al ángel de Dios?

—Se acabará pronto—respondió el esposo de Cecilia :—júrame solamente que renuncias á los ídolos, y que sólo hay un Dios en los cielos.

—Nada entiendo de cuanto me dices—le contestó Tiburcio.—¿Qué pretendes al exigirme esa promesa?

Con mucha razón había guardado silencio la vírgen mientras duraba el diálogo de los dos hermanos, para dejar aquel justo desahogo al celo del nuevo neófito. Pero ella, instruida desde su niñez en la doctrina evangélica, sabía mejor que su esposo las razones que había de presentar á un pagano para apartarle del culto de los ídolos.

Valiéndose, pues, de los argumentos de los Profetas, de los empleados por los apolo-

gistas cristianos, y de lo que decian los mártires cuando se hallaban delante de los jueces, para demostrar la vanidad de los simulacros, ante los cuales se postraban pueblos y naciones enteras, dijo así Cecilia :

— Me admiro, querido Tiburcio, de que no hayas comprendido todavía que estatuas de tierra, madera, piedra ó bronce, ó de cualquier otro metal, no pueden ser dioses. Esos vanos ídolos, sobre los cuales construyen las arañas sus telas, y los pájaros ponen sus nidos, y aún á los que manchan y afean impunemente; esas estatuas, cuya materia ha sido sacada de las entrañas de la tierra por mano de malhechores condenados á las minas, ¿cómo pueden los hombres tenerlas por dioses, y colocar la confianza en tales objetos?

Dime, Tiburcio, ¿hay alguna diferencia entre un cadáver y un ídolo? El cadáver conserva todos sus miembros ; pero no tiene respiracion, ni voz, ni sentimiento : de la misma manera el ídolo tiene tambien los miembros inhábiles para toda accion, aún más que los de un hombre muerto. Por lo ménos,

miéntras que el hombre gozaba de vida, sus ojos, oídos, boca, olfato, piés y manos hacían su oficio; pero el ídolo ha empezado por la muerte, y sigue y permanece en la muerte, sin haber vivido ni poder vivir jamás.

Convencido Tiburcio de la vanidad de los simulacros, á los que hasta entónces había ofrecido incienso, exclamó con energía — Sí, así es; y el que no lo entienda es un irracional.

Cecilia, trasportada de júbilo al oír esta respuesta, y estrechándole entre sus brazos: —Ahora, le dijo, te reconozco por mi hermano. El amor del Señor ha hecho de tu hermano mi esposo, y el desprecio que muestras á los ídolos, hace de mí tu verdadera hermana. Llegado es el momento en que vas á creer. Véte, pues, con tu hermano á recibir la regeneración. Entónces verás los ángeles, después de haber obtenido el perdón de tus culpas.

—¿Quién es ese hombre á quien me vas á llevar?—preguntó Tiburcio; y Valeriano le respondió:— Un gran personaje, que se lla-

ma Urbano, anciano de cabello blanco, rostro angelical, de palabras llenas de verdad y sabiduría.

— No sea — dijo Tiburcio — ese Urbano á quien los cristianos llaman su Papa (1). He oido decir que ha sido condenado dos veces, y que se ve obligado á vivir oculto. ¡ Si lo descubren será entregado á las llamas; y nosotros, si nos hallan con él correrémos la misma suerte, y por querer buscar una divinidad que se esconde en los cielos, hallarémos en la tierra un suplicio cruel! »

Viendo Cecilia que no estaba todavía Tiburcio en disposicion de despreciar los tormentos del mundo, le dijo : — En efecto, si no hubiera más que esta vida presente, y no existiera otra, con razon temeríamos perderla; pero si hay otra vida, que no ha de terminar jamas, ¿ será justo temer tanto perder ésta, que ha de pasar, cuando sacrificándo-

(1) En la primitiva Iglesia se daba á los Obispos el título de Papa, y sólo muchos siglos despues se aplicó exclusivamente á los romanos Pontífices.

la aseguramos la que ha de durar para siempre?

Este lenguaje era muy nuevo para un jóven educado en la sociedad romana del segundo siglo, en que reinaban las más vergonzosas supersticiones, la corrupcion de costumbres más desenfrenada, y todas las aberraciones de la filosofía escéptica.

Por eso replicó : Jamás he oido cosa semejante. Pues qué, ¿hay otra vida despues de ésta?

—¿Y puede llamarse vida—le contestó la vírgen—la que vivimos en este mundo? Despues de ser juguete de los dolores del cuerpo y del alma, termina con la muerte, que da fin lo mismo á los placeres que á los dolores. Acabada esta vida, se pudiera decir que ni siquiera ha existido, porque lo que ya no existe es como nada. Por lo que mira á la otra vida que sucede á la primera, tiene goces sin fin para los justos, y suplicios eternos para los pecadores.

—Pero—replicó Tiburcio—¿quién ha ido á esa vida, y quién ha vuelto de ella para ins-

truirnos de lo que allí pasa? ¿En qué testimonio nos apoyaremos para creer?

Levantóse entonces Cecilia, y revistiéndose su voz y todo su semblante de la majestad de un apóstol, dijo estas imponentes palabras :

—El Criador del cielo, de la tierra y de los mares, el Autor del linaje humano y de todos los seres que nos rodean, ha engendrado de su propia sustancia un Hijo, ántes de toda creacion, y ha producido eternamente de su misma naturaleza, y por su inefable amor, al Espíritu Santo: al Hijo, por el que debia crear todas las cosas; al Espíritu Santo, por el que las vivifica. Cuanto existe, el Hijo de Dios, engendrado por el Padre, lo ha creado; y todo lo que ha sido creado, lo ha animado el Espíritu Santo, que procede del Padre.

—¡Cómo!—exclamó Tiburcio.—Hace poco decias que solamente se ha de creer en un solo Dios, que está en el cielo, ¿y ahora me hablas de tres?

A que respondió Cecilia:—No hay más que

un Dios en su majestad; y si quieres concebir cómo este Dios existe en la Trinidad santa, oye esta comparacion. Un hombre posee la sabiduría; por sabiduría entendemos el ingenio, la memoria y la inteligencia: el ingenio, que descubre las verdades; la memoria, que las conserva; la inteligencia, que las busca. ¿Admitirémos por esto muchas sabidurías en el mismo hombre? Pues si un mortal posee tres facultades en sola la sabiduría, ¿hallarémos dificultad en admitir una Trinidad majestuosa en la esencia única de Dios todopoderoso?

Ofuscado Tiburcio por la viva luz de este incomprendible misterio—; Cecilia — le dijo —no es capaz la lengua humana de elevarse á tan sublime explicacion: el ángel de Dios es quien habla por tu boca.

La divina luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo habia penetrado en el entendimiento de Tiburcio. Éste, volviéndose á su hermano, le dijo:

— Valeriano, lo confieso; el misterio de un solo Dios nada tiene que me detenga: sola-

mente deseo una cosa, y es oír la continuación de ese admirable discurso, que ha de satisfacer todas mis dudas.

— Tiburcio, á mí es—le dijo Cecilia—á quien debes dirigirte. Tu hermano, revestido todavía de la estola blanca de los neófitos, no está en disposición de responder á todas tus preguntas; pero yo, como he sido instruida desde la cuna en la sabiduría de Cristo, dispuesta estoy á responderte á cualquier dificultad que tengas.

— Pues bien—dijo Tiburcio—deseo saber quién os ha hecho conocer esa otra vida que los dos me habeis anunciado.

La vírgen, volviendo á tomar su voz y su semblante un tono y aire de inspiración divina, continuó diciendo :

— El Padre envió de los cielos á la tierra á su único Hijo, y una vírgen lo concibió. El Hijo, estando en la montaña santa elevando la voz, pronunció estas palabras : « Pueblos, venid todos á mí. » Entónces acudieron á oírle todas las edades, sexos y condiciones, y á todos les dijo : « Haced penitencia por la

ignorancia en que habeis caído, porque llegado es el reino de Dios, que ha de poner fin al reino de los hombres. Dios quiere hacer partícipes de su reino á los que creyeren, y el que fuere más santo recibirá en él mayores honores.

» Los pecadores serán atormentados con suplicios eternos, y una hoguera inextinguible los devorará sin cesar.

» Por lo que toca á los justos, se verán rodeados de un esplendor eterno de gloria, y gozarán de deleites sin fin.

» No busqueis, pues, hijos de los hombres, los goces fugitivos de esta vida, sino aseguraos la felicidad eterna de la vida que está por venir. La primera es corta; la segunda dura siempre.»

Los pueblos, al principio, no quisieron creer al oráculo divino, y tambien ellos dijeron: «¿Quién es el que ha entrado en esa vida, y de ella ha vuelto para asegurarnos de la verdad de lo que dice?»

El Hijo de Dios les respondió: «Si os hago ver que muertos enterrados por vos-

otros mismos vuelven á la vida, ¿seguiréis siendo incrédulos á la verdad? Si no creéis á mis palabras, creed, á lo ménos, á mis prodigios.»

Para quitar todo pretexto de duda, iba con los pueblos á los sepulcros, y llamaba á la vida los muertos enterrados tres ó cuatro dias ántes, y que exhalaban el olor de cadáveres en putrefaccion.

Caminaba á pié enjuto sobre las olas del mar, mandaba á los vientos, y calmaba las tempestades. A los ciegos daba vista; á los mudos la palabra; oído á los sordos; el uso de sus miembros á los cojos y paralíticos; libraba á los poseidos del espíritu malo, y ponía en fuga á los demonios.

Pero los impíos se irritaron al presenciar estos milagros, porque los pueblos losdejaban á ellos para seguir al Hijo de Dios, echaban por el suelo sus vestidos para que caminase éste sobre ellos, y clamaban : « ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor! »

Unos hombres llamados Fariseos, llenos de envidia por estos triunfos, le entregaron al

governador Pilatos, diciendo que era mago y criminal. Levantaron una sedicion tumultuosa, en medio de la cual le crucificaron. Él, sabiendo que su muerte iba á ser causa de la salud del mundo, se dejó prender, insultar, azotar y llevar á la muerte. Sabía que sola su Pasion podia encadenar al demonio, y tener sujetos en las llamas atormentadoras á los espíritus inmundos.

Fué, pues, cargado de cadenas el que no cometió maldad, para que el linaje humano se viese libre de las ataduras del pecado. Fué maldecido el Autor de toda bendicion, para que nos viésemos libres de la maldicion eterna.

Permitió ser hecho el juguete de los hombres perversos para que no siguiésemos siendo el juguete y escarnio de los demonios. Recibió en su sagrada cabeza una corona de espinas para librarnos de la pena eterna que las espinas de nuestros pecados habian merecido.

Dejó que le aplicasen hiel á la boca para restablecer en el hombre el sentido del gus-

to que nuestro primer padre habia pervertido el dia en que la muerte entró en el mundo.

Recibió en su boca el vinagre para atraer á sí toda la acritud que circulaba por nuestras venas, queriendo beber él mismo el cáliz que nosotros habiamos merecido.

Fué despojado para cubrir con su vestido de extraordinaria blancura la desnudez que en nuestros primeros padres produjo su docilidad á los pérfidos consejos de la serpiente.

Fué clavado en el árbol de la cruz para destruir la prevaricacion que nos vino por otro árbol. Dejó que la muerte se acercase á él, para que fuese vencida en la lucha, y de este modo, la que habia reinado por la serpiente, se viese cautiva de Cristo, como la misma serpiente.

Por fin, luégo que los elementos contemplaron al Criador elevado sobre la cruz, temblaron de horror; la tierra se estremeció; se hundieron las rocas; el sol espantado se oscureció, y un lúgubre velo cubrió el mundo.

Una sangrienta nube interceptó los pá-

lidos rayos de la luna, y desaparecieron las estrellas del cielo. La tierra, dando gemidos como de parto, devolvió los cuerpos de muchos santos, que salieron de sus sepulcros para atestiguar que el Salvador habia bajado á los infiernos, habia arrancado el centro al demonio, y muriendo, habia domado á la muerte, la cual, desde aquel punto, quedaba encadenada y sujeta bajo los piés de los que creyesen en él.

Esta es la razon de alegrarnos cuando somos maltratados por su nombre, y de cifrar nuestra gloria en las persecuciones. Y no puede ménos de ser así, pues nos consta que nuestra vida caduca y miserable será reemplazada por la eterna que el Hijo de Dios, resucitado de entre los muertos, prometió á los Apóstoles, que le vieron subir al cielo.

Basta el testimonio de tres solas personas para convencer á un sabio; pero Cristo resucitado, no contento con dejarse ver de los doce Apóstoles que habia escogido, se apareció á más de quinientas personas, no que-

riendo que tuviésemos el menor pretexto de duda respecto á un prodigio tan extraordinario.

Sus discípulos, enviados por él á predicar en el mundo todas estas maravillas, confirmaron su predicacion con evidentes milagros. En nombre de su Maestro curaron toda clase de enfermedades, ahuyentaron los demonios, y devolvieron la vida á los muertos.

Creo, Tiburcio, que nada he dejado para satisfacer á tu pregunta. ¿No te parece ahora justo despreciar de corazon la vida presente, y buscar con empeño y valor la venidera?

El que cree en el Hijo de Dios y guarda sus mandamientos, ni siquiera se verá atacado por la muerte al dejar este cuerpo corruptible; ántes bien, será recibido por los ángeles, que le conducirán á la region bienaventurada del paraíso.

Pero la muerte se une al demonio para encadenar á los hombres, enredándolos en mil distracciones, y haciendo que imprudentemente se preocupen con multitud de cosas que les hacen creer necesarias.

Unas veces los intimida el temor de una desgracia ; otras los cautiva la esperanza de alguna ganancia ; ya los encanta la hermosura sensible ; ya los arrastra la intemperancia. En fin, valiéndose la muerte de toda clase de engaños, procura, para mal de los hombres, que sólo piensen en la vida presente, á fin de que sus almas, al salir de los cuerpos, estén enteramente desnudas, sin tener sobre ellas sino el peso de los pecados.

Bien veo, Tiburcio, que no he hecho más que tocar algunos puntos de tan vasto argumento : si quieres continuar oyéndome, dispuesta estoy á proseguir.

VIII.

Bautismo de Tiburcio.

Tal fué el discurso de Cecilia. Nadie al leerlo creería que era obra de una jóven de quince, ó, cuando más, de diez y siete años. Es que la luz divina se goza en reflejarse en las inteligencias puras, derramando abundantemente en ellas sus divinos dones. Bien se ve que la jóven romana, aunque obligada á vivir guardando todas las conveniencias de su elevado rango, ponía más empeño en agradar á Dios que en complacer al mundo, y tenía más complacencia en ser hija de Dios y discípula del Crucificado, que en descender de ilustre linaje.

¡Con qué avidez leería los libros santos, y escucharía la palabra de Dios, y la meditaría en el retiro de su habitacion, á solas

con Dios y con sus santos ángeles, cuando con tanta sabiduría, oportunidad y convicción la explicaba á los dos jóvenes!

¿Qué efecto hicieron sus elocuentes palabras en el corazón del gentil? Como éste preguntaba con ánimo sincero, y verdadero deseo de instruirse, la virgen obtuvo el apetecido triunfo.

Echándose Tiburcio á los pies de Cecilia, dando rienda suelta á las lágrimas de dolor y de consuelo, no pudo ménos de prorumpir en esta vehemente exclamacion :

— Si alguna vez se apegan mi corazón ó mi pensamiento á la vida presente, consiento en no gozar de la venidera. Disfruten los insensatos de las ventajas que tanto les interesan, de la vida que pasa; por lo que á mí toca, que hasta ahora he vivido como al acaso, y como si para ningun fin hubiera sido criado, no será así en adelante.

— Querido hermano — dijo, volviéndose á Valeriano — compadécete de mí. No más dilacion. Cualquiera tardanza me espanta, sin poder soportar por más tiempo el peso que

me abruma. Llévame en seguida al varon de Dios, para que me purifique y me haga partícipe de esa vida cuyo deseo me consume.

El corazon de Cecilia respiraba ya con sosiego, libre de los sobresaltos y temores pasados. Dios habia oido su oracion; sus lágrimas y suspiros, la penitencia y limosnas no habian sido infructuosas en el acatamiento divino. Por muy bien empleadas daba las horas que habia quitado al sueño, y al cuidado y arreglo superfluo de su cuerpo, para emplearlas en el adorno de su inteligencia, y la formacion de su corazon.

La gracia de Dios se complace en triunfar de la fortaleza humana, valiéndose de instrumentos ineptos é ineficaces de suyo.

Si la debilidad de la mujer mundana es bastante poderosa para pervertir á su marido con sus malos ejemplos y conversaciones, no han de ser ménos poderosos los buenos ejemplos, palabras y oraciones de la mujer cristiana para convertir y santificar á su marido y á las personas que la rodean.

Al contento que tenían los dos hermanos de ver y oír á Cecilia se sobrepuso el deseo de ir á la habitacion del santo obispo Urbano.

Indecible fué el nuevo consuelo que recibió el venerable Prelado al oír el último triunfo de Cecilia. Dadas al Señor las debidas gracias por su inefable bondad, el nuevo catecúmeno bajó á la piscina de la salud, de la que salió purificado, con derecho á gozar de la verdadera vida por la que ardientemente habia suspirado.

Valeriano volvió á la casa de su esposa, dejando al nuevo bautizado para que pasase en compañía del santo Obispo los siete días durante los cuales llevaban los neófitos la vestidura blanca. Las circunstancias excepcionales que concurrían en él habian sido causa de que por la mañana le hubiesen dejado salir sin cumplir aquel requisito.

En ellos recibió Tiburcio el sacramento de la Confirmacion, comunicándole el Espíritu Santo la abundancia de sus dones para resistir como buen soldado á las acometidas

de los enemigos; recibió el pan eucarístico, que diviniza al hombre, haciéndole participante, en cuanto le es dado, de la naturaleza divina.

Despidióse de San Urbano, volvió á juntarse con Cecilia y con su hermano, y el Señor le cumplió la palabra que ambos le habian dado de que, purificada su alma, lograría ver al ángel que habia coronado á los dos esposos.

IX.

Preparacion para el martirio.

Valeriano y Cecilia vivian como hermanos, recompensádoles el Señor con sobreabundancia de gozo espiritual, y verdadera paz y alegría del alma, los placeres terrenos de que voluntariamente se privaban por amor suyo.

Unos mismos eran sus deseos y esperanzas, unos sus gustos y consuelos. La compañía de su esposo, léjos de impedir á Cecilia la práctica de la oracion y del ayuno, la lectura de los libros santos y la beneficencia para con los indigentes, le servia de mayor estímulo, autorizando y protegiendo sus buenas obras, participando del mérito y cooperacion, y proporcionándole mayor facili-

dad y más copiosos recursos con que socorrer á los necesitados.

De este modo, por inesperados caminos, habia dispuesto la divina providencia que la compañía de Valeriano fuese para Cecilia un dón suyo é inestimable beneficio, y que á su vez, con el trato y comunicacion de la vírgen, obtuviese su esposo mil y mil medios de confirmarse en la buena resolucion tomada, disponiéndose ambos para cumplir los admirables designios que sobre ellos tenía el cielo.

Empezaba el año 178. Desde el anterior la persecucion contra los cristianos se habia recrudecido, viéndose obligadas muchas veces las autoridades á castigar á los cristianos para aplacar el clamor popular, que se enfurecia contra ellos.

Roma habia presenciado últimamente el martirio de no pocos cristianos. El encargado de perseguirlos y atormentarlos, como delegado del prefecto de Roma, se llamaba Almaquio, y sobresalia por su crueldad y refinada malicia; pues no contento con ator-

mentar en vida á los confesores de Cristo, procuraba que sus despedazados cuerpos careciesen del honor de la sepultura.

Por su parte los fieles trabajaban incesantemente en agrandar las galerías de las catacumbas, preparando nuevos nichos para recoger las reliquias de los mártires, rescatándolas con gruesas sumas, ó sustrayéndolas á la vigilancia de los ejecutores.

En el barrio Triopio, donde moraba San Urbano, á la izquierda de la via Apia, no léjos de las criptas de Pretextato y de Lucina, estaba construyendo á su costa la familia de los Cecilios un nuevo cementerio, probablemente por iniciativa de la esposa de Valeriano.

Como la persecucion se dirigia principalmente contra los cristianos de condicion inferior, los dos hermanos, animados por Cecilia, pudieron consagrarse á comprar y recoger los santos despojos de los soldados de Jesucristo, y tributarles los honores debidos á su valor y constancia en los tormentos.

Jóvenes llenos de vigor y entusiasmo, ad-

miradores de la hermosura de los ángeles y del amor con que miran á los justos, deseosos de ver el cumplimiento de las magníficas promesas que para la otra vida les habian hecho, poseedores de inmensas riquezas, y respetados por su noble linaje, podian más fácilmente que otros muchos dedicarse enteramente á aquella obra de misericordia y de piedad.

No contentos con arrebatat ó comprar los cuerpos de los mártires, llegaba su solicitud á procurarse los instrumentos del martirio, para legar á la posteridad cristiana el testimonio completo de la victoria.

Recogian cuidadosamente la sangre de las gloriosas víctimas, con esponjas, y exprimiendo éstas, la depositaban en ampolletas, para colocarlas en los respectivos nichos juntamente con los cuerpos santos; pues aunque hubiesen sido de pobres y personas despreciables segun el mundo, pertenecian á cristianos, templos vivos de Dios, y ya poseedores del reino celestial.

Cuando los mártires perecian en las lla-

mas, como sucedió á muchos aquellos dias, la sepultura era más fácil, y se requería ménos sitio para guardar las reliquias.

Como Valeriano y Tiburcio no se arredaban por peligro alguno, con tal de ejercer su caridad con los vivos y con los muertos, pronto fueron denunciados á Almaquio, acusándolos de sus larguezas á personas viles, y de que infringian la prohibicion de inhumar los cuerpos de los mártires.

X.

Los dos hermanos ante Almaquio.

Acusados que fueron Valeriano y Tiburcio, los hizo comparecer Almaquio en su tribunal. Al llamar éste á su presencia á los dos jóvenes patricios, no tenía intencion de darles la muerte, sino de intimidarlos, y obtener en su apostasía ó en su castigo alguna satisfaccion por la violacion pública de sus órdenes.

—¡Cómo! — les dijo—vosotros, que por vuestro nacimiento teneis derecho á las principales dignidades y títulos, ¿habeis renegado de vuestro linaje hasta asociaros á la más supersticiosa de las sectas?

Me dicen que disipáis vuestra fortuna, prodigándola á personas de la más baja con-

dicion, y que hasta os rebajais á sepultar á los miserables que han sido castigados por sus crímenes.

Cualquiera pudiera deducir que eran cómplices vuestros, y que eso es lo que os mueve á darles honrosa sepultura.

No pudo contenerse el más jóven de los dos hermanos sin responderle :

—¡Ojalá se dignasen admitirnos en el número de sus siervos esos á quienes tú llamas cómplices nuestros! Ellos han sabido despreciar lo que parece ser algo, y sin embargo es nada.

Muriendo han obtenido lo que no parece todavía, y que, no obstante, es la sola realidad. ¡Quién pudiera imitar su santa vida, y seguir algun dia sus pisadas!

Desconcertado Almaquio por esta tan valiente respuesta, buscó un pretexto para interrumpirle, y así le preguntó :

—Dime, Tiburcio, ¿cuál de vosotros dos tiene más edad?

—Ni mi hermano es de más edad que yo—respondió Tiburcio—ni yo soy más jóven que

él ; pues el Dios único, santo y eterno nos ha hecho á los dos iguales por la gracia.

—¿Y qué es lo que parece ser algo y no es nada ?

—Todo cuanto hay en el mundo, todo lo que arrastra las almas á la muerte eterna, en la que viene á parar la felicidad temporal.

—Dime ahora—prosiguió Almaquio,—¿qué es lo que no parece todavía, y con todo es la sola realidad ?

—Es—respondió Tiburcio—la vida futura para los justos, y el suplicio que está reservado para los malos. Aquélla y éste se acercan, y con culpable disimulacion cerramos los ojos del corazon para no ver ese terrible porvenir.

Fijamos los ojos del cuerpo en los objetos terrenos y perecederos, y mintiendo á nuestra propia conciencia, nos atrevemos á acriminar el bien aplicándole los términos que no convienen sino al mal, y á cohonestar el mal llamándole con las palabras que sirven para designar el bien.

Interrumpióle Almaquio diciendo :

—Estoy cierto de que no hablas segun piensas.

—Dices verdad—le contestó Tiburcio ;—yo no hablo segun pensaba cuando era de este siglo, sino segun me hace pensar el que he recibido en lo más íntimo de mi alma, mi Señor Jesucristo.

Almaquio, contrariado por oír de los labios del jóven patricio este nombre sagrado, que atestiguaba la profesion del cristianismo en el que con tanto fervor lo pronunciaba, le dijo :

—¿Pero sabes lo que dices ?

—Y tú—respondió á su vez Tiburcio,—¿sabes lo que preguntas ?

—Jóven—le dijo el juez,—estás exaltado.

—Conozco, sé y creo—le respondió él,—que cuanto he dicho es verdad.

—Pero yo no lo entiendo—añadió el magistrado,—y no puedo entrar en ese orden de ideas.

Valiéndose entónces el jóven de las palabras de San Pablo, le dijo :

—*El hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, mas el espiritual juzga todas las cosas, y él no es juzgado de nadie.* (I. Cor. II. 14, 15.)

Se sonrió Almaquio de despecho, disimulando la injuria que acababa de recibir; y no queriendo que el jóven se comprometiese más y le comprometiese á él tambien, le hizo apartar, y ordenó á Valeriano que se le acercase.

—Valeriano—le dijo—tu hermano no tiene la cabeza sana; tú sabrás darme una respuesta sensata.

—Sólo hay un médico—le respondió Valeriano,—y él se ha dignado tener cuidado de la cabeza de mi hermano y de la mia, comunicándonos su propia sabiduría: éste es Jesucristo, Hijo de Dios vivo.

—Vamos—le dijo Almaquio—háblame razonablemente.

—Tus oídos están pervertidos—le respondió el valeroso jóven—y no podrás entender nuestro lenguaje.

Reprimióse el magistrado, y aunque am-

bos hermanos habian hecho clara profesion de ser cristianos, no quiso darse por entendido y proceder á su castigo, sino que se contentó con hacer la apología del sensualismo pagano.

—Vosotros sois—le dijo—los que estais en el error, puesto que dejais las cosas necesarias y útiles, para ir en pos de vanas locuras. Despreciais los placeres, rechazais la felicidad, aborreceis todo lo que forma el encanto de la vida, y sólo hallais atractivo en lo que contraría al bienestar y se opone á los placeres.

Valeriano le respondió con sosiego :

—Yo vi en tiempo de invierno algunos hombres que se divertian en el campo entre juegos y risas, entregándose á toda clase de placeres.

Al propio tiempo veia en los campos á los labradores que cultivaban la tierra con ardor, plantaban viñedos, ingertaban rosales y árboles frutales, y cortaban los arbus-tos que podian perjudicar á sus plantaciones : todos se ocupaban con teson en las faenas agrícolas.

Los hombres entregados á los placeres, viendo á los aldeanos, se reian de ellos, burlándose de sus penosos trabajos: «Miserables, les decian, dejad esas ocupaciones supérfluas; venid y alegraos con nosotros, tomando parte en nuestros juegos y placeres.

»¿A qué viene fatigarse tanto en tan rudos trabajos? ¿Por qué empleais vuestra vida en tan tristes ocupaciones?» Al decir esto se reian á carcajadas, batian palmas, y los provocaban con insultos.

A la temporada de las lluvias y de los hielos se siguieron los dias serenos: los campos cultivados con tanta fatiga estaban cubiertos de espeso follaje; los rosales ostentaban sus frescas rosas; los racimos colgaban de los sarmientos como en festones, y pendian de los árboles toda clase de frutos, hermosos á la vista y deliciosos al paladar.

Para los aldeanos, cuyas fatigas parecian insensatas, todo era alegría; pero los frívolos habitantes de la ciudad, que se habian vanagloriado de ser más entendidos y sabios, se hallaron en la miseria, viéndose conde-

nados á maldecir con inútiles lamentos y tardío arrepentimiento, su ociosidad y molicie. «Y esos son, sin embargo—se decían unos á otros—los que nosotros perseguíamos con nuestras burlas.

»Nos avergonzábamos de las faenas á que se entregaban; horror nos causaba su género de vida, creyéndolo miserabilísimo. Ellos nos parecían viles y despreciables, y teníamos por deshonrosa su compañía.

»Pero el resultado ha demostrado que ellos eran los prudentes, y que nosotros fuimos desdichados, vanos é insensatos.

»No nos quisimos tomar la pena de trabajar, y en vez de ayudarles en sus ocupaciones, engolfados en nuestras delicias nos burlábamos de ellos; pero mira cómo están rodeados de flores, y qué resultado tan brillante han tenido sus trabajos.»

¡Qué hermoso espectáculo presentaba el noble jóven romano hablando con tanto entusiasmo de la vanidad del mundo, con tanto amor á la mortificación y al trabajo, en medio de la Babilonia de Occidente, que po-

nia á todo el mundo á contribucion para satisfacer su sed insaciable de deleites!

—Has hablado con elocuencia—le dijo Almaquio— no puedo ménos de confesarlo; pero no veo que hayas respondido á mi pregunta.

—Pues déjame acabar—le respondió Valeriano.—Nos has tratado de locos é insensatos porque repartimos nuestras riquezas á los pobres, ofrecemos hospitalidad á los forasteros, socorremos á viudas y huérfanos, recogemos los cuerpos de los mártires, y les damos honrosa sepultura.

Segun tu modo de pensar, consiste nuestra locura en que no queremos entregarnos á los placeres sensuales, ni prevalernos de la nobleza de nuestro origen para hacernos respetar del vulgo ignorante.

¡Dia vendrá en que recogerémos el fruto de nuestras privaciones, y nos regocijarémos, miéntras que los que andan ahora á caza de vanos placeres llorarán de rabia por el tardío y amargo desencanto!

El tiempo presente nos ha sido concedido

para sembrar; y los que en esta vida siembran nadando en delicias, recogerán en la otra el dolor y gemidos, miéntas que los que siembran hoy derramando lágrimas pasajeras, recogerán despues una alegría que no tendrá fin.

—Segun eso—replicó el juez—á nosotros y á nuestros invencibles príncipes nos tocará en suerte la eterna desdicha, y solos vosotros poseeréis eternamente la verdadera felicidad.

—¿Y quién sois vosotros y vuestros príncipes?—objetó Valeriano.—No sois más que hombres, que nacisteis el dia señalado, para morir cuando os llegue la hora, y entónces tendréis que dar á Dios estrecha cuenta del soberano poder que puso en vuestras manos.»

En mala hora habia empezado el desaconsejado magistrado el interrogatorio contra los dos fervorosos cristianos. Sólo pretendia intimidar á las personas de alto rango, haciéndoles dejar la religion perseguida por las autoridades, pues veian que ni los nobles se

libraban de las pesquisas, ni aún de las denunciaci^ones del pueblo y de los empleados del pretorio.

En vez de atajar el progreso del cristianismo, lo iba á fomentar publicando la victoria conseguida por los dos patricios adoradores de Jesucristo.

Estos, léjos de renegar de la fe movidos por el temor del castigo, la habian confesado á la faz de Roma, y habian menospreciado á los venerandos emperadores.

Crejó, sin embargo, el astuto juez hallar una salida que le sacase del apuro, pues Marco Aurelio no queria de modo alguno indisponerse con la nobleza romana, persiguiendo á dos patricios, por más que fuesen cristianos.

«Si de^o en libertad á los interrogados — dijo para sí el juez inícuo — cualquiera se creerá con derecho para despreciar las leyes y á los legisladores. Por otra parte, no hay que pensar en que Valeriano y Tiburcio sacrifiquen abiertamente á los ídolos. Les voy á proponer, pues, una cosa más fácil, y si me

obedecen, salgo victorioso, ellos quedan libres, y en pié las leyes del Imperio.»

¡Vana astucia del hombre sin Dios y sin conciencia!

Díjoles, pues, el juez :

—Basta de discursos inútiles; no más largas, que nos hacen perder inútilmente el tiempo. Ofreced libaciones á los dioses, y os podréis retirar sin recibir ningun castigo.

Respondiéronle ellos con libertad cristiana :

—Todos los dias ofrecemos sacrificios á Dios, pero no á los dioses.

—¿Y á qué Dios los ofreceis?

—¿Pues qué—respondieron los dos jóvenes—hay acaso más que un Dios?

—¿Cómo se llama ese Dios único?—preguntó Almaquio.

Respondióle Valeriano :

—Aunque tomáras alas y te remontases todo lo alto que te fuese posible, no podrias descubrir el nombre de Dios.

—¿De modo—replicó el juez—que Júpiter no es el nombre de un Dios?

—Te equivocas, Almaquio—dijo Valeriano.—Júpiter es el nombre de un corruptor, de un libertino. Vuestros mismos escritores nos le pintan como á un homicida y afeado con toda clase de vicios, ¿y tú le llamas Dios?

Me extraña tanto atrevimiento. El nombre santo de Dios sólo puede convenir al sér que, no teniendo ningun pecado, posea todas las virtudes.

—Quiere decirse—añadió Almaquio—que el mundo entero está en el error, y sólo tu hermano y tú conoceis al verdadero Dios.

Oido esto, se llenó de noble entusiasmo el corazon de Valeriano; y proclamando los grandes progresos del cristianismo, le dijo:

—No te hagas ilusion, Almaquio: los cristianos no pueden ya contarse en el Imperio. Vosotros sois los que formais la minoría. Vosotros sois las tablas disgregadas que flotan en la mar despues del naufragio, y á las que no aguarda otro paradero que el fuego.

Tanta libertad en un cristiano no podia

quedar sin castigo; pero aunque, segun las leyes, se le debia aplicar la pena capital, se contentó Almaquio con ordenar que le aplicasen la de azotes.

Lleno de gozo Valeriano al ver que se acercaban los lictores para desnudarle y atormentarle por el nombre de Jesucristo, exclamó :

— Por fin llegó la hora tan deseada de mi corazon; el dia de hoy será para mí más grato que todas las fiestas del mundo.

Miéntras le azotaban, gritaba el pregonero :

— Guardaos de blasfemar de los dioses y de las diosas.

Pero Valeriano, sobreponiéndose al ruido de los golpes, y al clamor del pregonero, con voz enérgica decia á la multitud que le rodeaba :

— Ciudadanos de Roma, al presenciar este tormento, no os arredreis de confesar la verdad. Perseverad firmes en la fe. Creed en el Señor, que él solo es santo.

Destruid los dioses de madera y de pie-

dra, á los que Almaquio ofrece incienso ; reducidlos á ceniza, y sabed que sus adoradores serán castigados con tormentos eternos.

Ansiosa estaba la muchedumbre por ver en qué pararia la causa de los acusados. Tambien dudaba Almaquio qué determinacion tomar ; pero se le acercó su asesor Tarquinio, y tentándole por la codicia, le decidió diciéndole al oido :

—Acaba con ellos ahora que tienes buena ocasion. Si tardas algo seguirán distribuyendo sus bienes á los pobres hasta gastarlos todos, y cuando les des la muerte, nada hallarás.

Almaquio le entendió perfectamente. Por su mandato se presentaron los dos hermanos ; Valeriano ensangrentado por los azotes, y Tiburcio, pesaroso de no haber tenido la honra de padecer por Jesucristo.

XI.

El notario de Almaquio.

La sentencia dada contra Valeriano y Tiburcio fué que serian conducidos al barrio Triopio, situado al fin de la vía Apia, entre la tercera y cuarta milla. Llevados al templo de Júpiter, que se hallaba al terminar la vía, y al principio del barrio, si no ofrecian incienso al ídolo, se les cortaria la cabeza.

Máximo, notario de Almaquio, quedó encargado de acompañar á los dos hermanos, de traerlos libres si sacrificaban á los ídolos, ó de dar testimonio de su ejecucion si persistian en la profesion del cristianismo.

Un piquete de soldados armados iba á la disposicion del notario, para hacer respetar la ley.

Era el dia 13 de abril. Caminaban los

mártires con paso ligero, tranquilo el semblante, conversando mutuamente, dándose muestras de alegría y de fraternal amor.

Siendo para Máximo tan nuevo aquel espectáculo en dos reos llevados al suplicio, sin poder contener las lágrimas, les dijo :

— ¡Oh noble y escogida flor de la juventud romana! ¡Oh hermanos unidos por tan tierno amor! ¿Os obstinaréis en despreciar los dioses? ¿Y cómo en el momento mismo de perder todas las cosas correis á la muerte como á un festin?

— Si no estuviéramos ciertos — le respondió Tiburcio — de que la vida que se ha de seguir á ésta durará para siempre, ¿crees que tendríamos ahora tanta alegría?

— ¿Qué vida puede ser ésa? — preguntó Máximo.

A que le respondió Tiburcio :

— Como el cuerpo se cubre con el vestido, del mismo modo el alma se reviste del cuerpo; y así como se despoja el cuerpo del vestido, así también sucederá al alma respecto al cuerpo.

El cuerpo, cuyo origen es la tierra, será devuelto á la tierra, y reducido á polvo, para resucitar, como el *fénix*, á la luz que ha de nacer.

Por lo que mira al alma, si está limpia, será llevada á las delicias del paraíso, para aguardar en él, gozando de inefables deleites, la resurreccion del cuerpo.

No se esperaba Máximo esta explicacion. Era la primera vez que oia hablar un lenguaje tan sublime, opuesto al materialismo en que la sociedad pagana vivia sumergida.

Pero como su corazon, recto de suyo, buscaba la verdad, siguiendo aquella primera inspiracion de la gracia, dijo á Tiburcio :

—Si estuviera cierto de que existe esa vida futura de que me hablas, creo que tambien yo me sentiria inclinado á despreciar la presente.

Valeriano, inspirado por el Espíritu Santo, habló así á Máximo :

—Puesto que sólo deseas la prueba de la verdad que te hemos anunciado, oye la promesa que te hago desde ahora :

En el momento mismo en que nos haga el Señor la gracia de que dejemos el vestido de nuestro cuerpo por la confesion de su nombre, se dignará abrirte los ojos para que veas la gloria en que entramos.

Sólo una condicion te exige para hacerte este favor ; que te arrepientas de tus pasados errores.

— Convenido — dijo Máximo, — y me ofrezco á los rayos del cielo, si entónces mismo no confieso al Dios único que hace suceder otra vida á la presente. Ahora, á vosotros toca cumplir vuestra promesa, haciéndome ver el efecto de ella.

Ya tenemos al notario de Almaquio deseoso de ser cristiano. Para acabar su conversion, le dijeron los dos hermanos :

— Haz que esta gente que viene á darnos la muerte nos conduzca á tu casa, donde nos custodiarán sin perdernos de vista. Harémos venir al que te ha de purificar, y esta misma noche verás lo que te hemos prometido.

Así lo hizo Máximo, empezando ya á te-

ner en nada todos sus cálculos sobre la presente vida, sus temores y esperanzas.

Conducidos á su casa los dos mártires de Cristo con la escolta que los acompañaba, sin pérdida de tiempo empezaron Valeriano y Tiburcio á explicar la doctrina del Evangelio.

Hasta la familia del notario y los mismos soldados asistieron á la predicacion de los dos Apóstoles, y recibiendo dócilmente la divina luz en sus entendimientos y corazones, creyeron en Jesucristo.

Enterada Cecilia, por un aviso de Valeriano, de lo que estaba pasando, con la prontitud y prudencia que le era tan natural, lo dispuso todo de suerte, que, llegada la noche, entró en casa de Máximo acompañada de varios sacerdotes.

Dígannos los ángeles, testigos de aquella escena, lo que pasó en la entrevista de los dos hermanos con Cecilia.

Terminadas que fueron las mutuas saluciones, en presencia de la vírgen, de su esposo y de su hermano, fueron bautizados,

por los sacerdotes, Máximo, su familia y todos los soldados, así que hicieron solemne profesion de fe cristiana.

Nadie pensaba sino en bendecir al Señor, y darle incesantes acciones de gracias por su infinita bondad, que acababa de convertir en templo la casa de Máximo, uniendo y hermanando el corazon y el alma de cuantos se hallaban presentes.

Ricos y pobres, nobles y plebeyos, militares y paisanos, no parecian tener más que un alma y un corazon desde que reconocian y amaban todos al único y verdadero Dios, profesando la misma fe, y participando de las mismas espeanzas.

Con docilidad admirable oian los recién convertidos la explicacion de los misterios de la fe, animándose á confesarla, si era preciso, á la faz del mundo, sin arredrarse por amenazas ni tormentos algunos.

Complacíase el Señor en derramar sus divinos dones en aquellas almas purificadas de toda mancha, inundándolas de celestial alegría, y de esa paz y contento que sólo es in-

ferior al que gozan los bienaventurados en el cielo.

En estos trasportes de gozo pasaron toda aquella noche del 13 al 14 de abril.

Viendo Cecilia que se acercaba el nacimiento del sol, dirigiéndose á su esposo y hermano, y á los demas fieles, y aplicando las palabras del Apóstol, les dió la señal de marcha, diciendo :

— ¡Ea, soldados de Cristo, desechad las obras de las tinieblas, y vestíos de las armas de la luz! (Rom., XIII, 12.) Habéis peleado dignamente, habéis acabado vuestra carrera y guardado la fe; caminad á la corona de la vida, que el Señor, justo juez, os dará á vosotros y á todos los que se alegran de su venida (II, Tim., IV, 7, 8).

XII.

Tres nuevos mártires.

Púsose en marcha la piadosa comitiva, no para ver si los dos confesores de Cristo sacrificaban á los dioses, sino para ser testigos de su heroica victoria y de su martirio.

Llegaron, por fin, á la entrada del barrio Triopio. A la puerta del templo de Júpiter estaban aguardando los sacerdotes de los ídolos. El incienso estaba preparado.

Los dos hermanos fueron invitados á ofrecerlo al falso Dios, en la seguridad de que, si lo hacian, sin más dilacion volverian libres á su casa; si se negaban á ello, la sentencia estaba dada y se ejecutaria sin tardanza.

Oyendo Valeriano y Tiburcio la sacrílega invitacion, y no queriendo retardar un momento su martirio; ellos mismos se arrodia-

llaron voluntariamente, y ofrecieron gustosos el cuello para que se lo cortasen los verdugos.

No pudiendo hacer este oficio los soldados convertidos ya al cristianismo, otros tuvieron que encargarse de reemplazarlos.

Fueron, pues, las cabezas de los dos gloriosos confesores de Cristo separadas de sus cuerpos, recibiendo al propio tiempo la muerte y la corona de la vida.

Cumplió entónces el Señor la promesa de sus fieles siervos, haciendo ver á Máximo la gloria en cuya posesion entraban los dos mártires.

En el cielo le aguardaban sus almas gloriosas, compañeras de los ángeles, á donde no tardaria en ir para ser participante de la misma dicha.

Antes urgia dar cristiana sepultura á sus sagrados cuerpos, pues el cargo que desempeñaba le daba facultad para disponer que fuesen llevados con el debido respeto y veneracion.

El trayecto no era largo. A poca distan-

cia los estaba aguardando Cecilia en su quinta de la vía Apia.

Viólos entrar, no por su propio pié, como poco ántes, sino en hombros ajenos; no respirando vida y salud, sino exánimes, bañados en su propia sangre.

Pero, en cambio, sus nobles corazones, robustecidos por la gracia, habian confesado ante el juez pagano la religion del Crucificado, y despreciando las amenazas del tirano y sus crueles tormentos, habian proclamado por único y verdadero Dios á Jesucristo Redentor del mundo.

Valeriano y Tiburcio eran dos mártires, dos santos por quienes era inútil é injurioso hacer á Dios sufragios. Ya tenía dos abogados más en el cielo.

La cripta de los Cecilios no estaba bastante adelantada para acoger con el debido honor las sagradas reliquias del esposo y de su hermano; por eso dispuso Cecilia que fuesen llevadas al cementerio de Pretextato, situado al otro lado de la vía Apia.

Máximo, convencido, más que por las ra-

zones de Valeriano y Tiburcio, por lo que acababa de ver con sus propios ojos, no sólo creía en la existencia de otra vida, sino que además, perdido por completo el temor á los padecimientos momentáneos, y despreciando las esperanzas y goces pasajeros, ansiaba la posesion de la verdadera vida, y de los goces reservados á los justos en el paraíso.

De camino para la ciudad, yendo á dar cuenta al juez de lo sucedido, no sólo no trató de ocultar su conversion á la fe, sino que además repetía á los que le rodeaban, asegurándolo con juramento :

« Al mismo tiempo que la espada hería á los mártires, he visto á los ángeles de Dios resplandecientes como soles. He presenciado cómo las almas de Valeriano y Tiburcio salían de sus cuerpos semejantes á dos esposas engalanadas para la fiesta nupcial. Los ángeles las recibieron y las llevaron al cielo.»

Oyendo muchos paganos estas palabras de boca del empleado romano, y viendo la abundancia de lágrimas de gozo con que las pro-

nunciaba, renunciaron á los ídolos y abrazaron la fe de Jesucristo.

Irritado Almaquio, le hizo dar la muerte á fuerza de azotes armados con balas de plomo.

Cecilia se quiso reservar el honor de darle digna sepultura, con sus propias manos, en la misma cripta en que reposaban en paz Valeriano y Tiburcio, haciendo esculpir en su sepulcro el emblema del fénix, como recuerdo de la comparacion que habia hecho Tiburcio de esta ave celebérrima, para dar idea á Máximo de la resurreccion de los muertos.

El *fénix*, que entre los egipcios era emblema de un período máximo del sol, que vuelve á renovarse en todas sus posiciones al cabo de cierto número de años, habia sido ya tomado como figura de la resurreccion por los escritores cristianos de la edad apostólica.

¿Por qué no se apoderó en seguida el fisco de los bienes de Valeriano y Tiburcio, segun lo autorizaba la ley?

Acaso temió Almaquio llamar demasiado la atención de la nobleza romana, entre la que habia muchos discípulos de Jesucristo, y quiso aguardar á que renunciase Cecilia á la fe, ó confesándola, perdiese sus propios bienes juntamente con los de su marido.

Aprovechó la vírgen aquella tregua para enviar delante de ella su tesoro al cielo por mano de los pobres.

XIII.

Los agentes de Almaquio.

Llegó un día en que Almaquio, seguro de ser ignominiosamente derrotado si citaba á su tribunal á la fervorosa jóven cristiana, quiso tentar un medio que, sin comprometerle, podia tal vez darle muy buen resultado.

Envió algunos agentes suyos al palacio de los Valerios, para ver si en presencia de ellos hacía Cecilia algo, por poco que fuese, que indicase acatamiento á la ley del Imperio.

Llenos de respeto y deferencia, y con no poco encogimiento, demostrado en las palabras y áun en el semblante, le hicieron la proposicion, de parte de Almaquio, de que reconociese á los dioses de Roma.

La jóven, con mucha dignidad, y con toda

la superioridad que le daba, más que su posición, la gracia de Dios que hablaba por su boca, les dijo :

— Ciudadanos y hermanos, oidme. Sois empleados de vuestro magistrado, y, sin embargo, vuestro corazón mira con horror su conducta impía.

Por lo que á mí toca, tendré por grande gloria y honra padecer, como lo deseo, toda clase de tormentos por confesar el nombre de Jesucristo.

Pero vosotros me inspiráis compasión al veros, tan jóvenes, puestos á las órdenes de un juez lleno de injusticia. »

Al oír estas palabras, los satélites de Almaquio no pudieron contener las lágrimas, viendo que una jóven tan noble, hermosa y rica corria con tanta alegría á una muerte cierta, y le suplicaban que no despreciase su inmensa fortuna, y los singulares dones de que la habia dotado la naturaleza.

Interrumpiólos Cecilia diciendo :

— Morir por Cristo no es sacrificar la juventud, sino renovarla; es dar un poco de

barro para adquirir oro ; cambiar una casa reducida y despreciable por un magnífico palacio ; ofrecer una cosa perecedera, recibiendo en retorno un bien inmortal.

Si pusiese ahora alguno á vuestra disposicion un monton de monedas de oro, con la única condicion de que le dieseis vosotros por ellas otras tantas monedas de cobre, ¿no os apresurariais á aceptar un cambio tan ventajoso? ¿No animariais á vuestros padres, parientes y amigos á aprovecharse, como vosotros, de tan buena ocasion? A los que os disuadiesen de hacerlo, aunque os lo pidiesen con lágrimas en los ojos, los tendriais por malos consejeros.

Y, sin embargo, toda vuestra solicitud no os daria otro resultado que procuraros un metal, más precioso, sí, pero terreno, en cambio de otro más vil, pero en peso igual.

No lo hace así Jesucristo, nuestro Dios ; no se contenta con darnos peso por peso, sino que nos devuelve centuplicado lo que le ofrecemos, y de más á más nos da la vida eterna.»

Aprovechando Cecilia el ascendiente que iban ganando sus palabras en los oyentes, subió sobre un trozo de mármol que cerca de sí tenía, y con voz inspirada les preguntó :

—¿Creeis cuanto os acabo de decir?

La gracia triunfó en aquel momento de los corazones de todos.

A una voz le respondieron :

—Sí; creemos que Jesucristo, Hijo de Dios, que tiene tal sierva, es el verdadero Dios.

—Id, pues — añadió Cecilia, — y decid á ese desventurado de Almaquio, que le pido alguna tregua, y que retarde algo mi martirio. En ese tiempo volveréis aquí, y ya habré hecho venir á alguno que os haga partícipes de la vida eterna.

Los ministros de justicia, cristianos ya de corazon, refirieron á Almaquio cómo se habia negado Cecilia á hacer lo que le exigia, y que al propio tiempo le pedia alguna tregua ántes de comparecer ante su tribunal.

No creyó prudente el juez negarse á la peticion de la noble patricia.

Pronto recibió San Urbano un recado de Cecilia, anunciándole su próximo martirio, y las nuevas conquistas que iba á hacer para la fe de Jesucristo.

No sólo los oficiales de Almaquio, sino ademas gran número de personas de todas las edades, sexos y condiciones, casi todas de la region transtiberina, estaban deseosas de recibir el bautismo.

El mismo Urbano fué en persona á recoger tan abundante cosecha, y dar por última vez la bendicion á la heroica jóven.

Fué celebrado el bautismo con pompa, recibiendo más de cuatrocientas personas la gracia de la regeneracion.

Habiendo determinado Cecilia dar á la Iglesia la propiedad del magnífico palacio que por muerte de su esposo habia heredado, para impedir que despues de su muerte se apoderase de él el fisco, cedió provisionalmente la propiedad de él á uno de los nuevamente bautizados, que tenía el título de

Clarísimo y se llamaba Gordiano, diciéndole cómo su voluntad era que aquella su casa fuese convertida en iglesia.

A pesar del peligro que corría su vida, permaneció Urbano oculto en casa de Cecilia.

XIV.

Interrogatorio de Cecilia.

El día 12 de setiembre recibió la vírgen órden formal de comparecer ante el juez.

Gozosa por ver que se acercaba la hora por que tanto habia suspirado, se puso sus mejores galas, y vestida como correspondia á una noble patricia, se encaminó al Campo de Marte, donde tenia Almaquio su tribunal, á poca distancia del palacio de los Cecilios, y cerca del anfiteatro de Sextilio Tauro.

Al rededor del pretorio habia muchas estatuas de impuras divinidades, en cuya presencia iba á ser más gloriosa su profesion pública de que era cristiana.

Notarémos, en las palabras que Cecilia va á dirigir al tirano, esa seguridad y confianza,

esa libertad cristiana que da la buena conciencia; grande superioridad de carácter, y un como desprecio del que, abusando de la fuerza bruta, queria subyugar hasta las conciencias, y mandar en los corazones.

El interrogatorio de la mártir, copiado textualmente, como de costumbre, por los notarios públicos, es el que, trasladado fielmente por los cristianos, se halla en las actas de la Santa.

ALMAQUIO. ¿Cómo te llamas, niña?

CECILIA. Cecilia.

ALMAQUIO. ¿Cuál es tu condicion?

CECILIA. Libre, noble, condecorada con el título de *Clarísima*.

ALMAQUIO. Te pregunto por tu religion.

CECILIA. Tu pregunta no era clara, puesto que daba lugar á doble respuesta.

ALMAQUIO. ¿De dónde te viene ese atrevimiento?

CECILIA. «*De la buena conciencia, y de la fe no fingida.*» (I, Tim., I, 5.)

ALMAQUIO. ¿Acaso no sabes cuál es mi poder?

CECILIA. Tú sí que no sabes cuál es tu poder. Si no llevas á mal preguntarme sobre ésto, te demostraré la verdad hasta la evidencia.

ALMAQUIO. Pues bien ; habla, que te oiré con gusto.

CECILIA. Es el poder del hombre semejante á un pellejo hinchado; que lo pinchen con sola una aguja, y al instante se deshinchá, y desaparece toda la consistencia que parecia tener.

ALMAQUIO. Has empezado por injuriarme, y continúas hablándome en el mismo tono.

CECILIA. No hay injuria sino cuando se alegan cosas que no tienen fundamento de verdad. Demuéstrame que he mentido, y convendré en que te he injuriado; si no, tu reprension es una calumnia.

Mudando de asunto, le dijo Almaquio :

—¿Ignoras acaso que nuestros señores, los invencibles emperadores, han mandado que todos los que no quieran negar que son cristianos, sean castigados, y que queden libres los que consientan en negarlo?

CECILIA. Vuestros emperadores se engañan, y tu Excelencia con ellos. Esa orden, que, segun tú mismo aseguras, han dado ellos, sólo prueba que vosotros sois crueles, y nosotros inocentes. Si el nombre de cristiano fuera un crimen, á nosotros nos tocaba negarlo, y á vosotros obligarnos á confesarlo á fuerza de tormentos.

ALMAQUIO. Pero, gracias á su clemencia, han tomado los emperadores esta resolucion, queriendo por ella proporcionaros un medio de salvar la vida.

CECILIA. ¿Y puede darse conducta más impía y más funesta á los inocentes que la vuestra? Vosotros empleais los tormentos para que confiesen los malhechores su delito, el sitio, el tiempo, los cómplices; se trata de nosotros, y todo nuestro crimen está en nuestro nombre, porque bien sabeis que somos inocentes. Pero nosotros conocemos toda la grandeza de este sagrado nombre, y no podemos de modo alguno negarlo. Mejor es, pues, morir para ser felices, que vivir para ser desdichados. Querriais arrancarnos una

mentira ; pero nosotros somos los que, al proclamar la verdad, os damos cruel tortura.

ALMAQUIO. Escoge uno de dos partidos : ó sacrifica á los dioses, ó niega tan sólo que eres cristiana, y podrás de ese modo retirarte.

CECILIA. ¡Qué situacion tan humillante para un magistrado! ¡Quiere que reniegue de un nombre que da testimonio de mi inocencia, y que me haga culpable de una mentira!

Consiente en dejarme libre, y está dispuesto á encruelecerse contra mí. Si tienes deseo de condenarme, ¿por qué me exhortas á negar el delito? Si tienes intencion de absolverme, ¿por qué te tomas el trabajo de interrogarme?

ALMAQUIO. Aquí están los acusadores que atestiguan que eres cristiana. Basta que lo niegues, y se tendrá por nula toda la acusacion ; pero si perseveras en tener por Dios á Jesucristo, conocerás tu locura cuando tengas que sufrir la sentencia.

CECILIA. Todo lo que yo deseaba era ser objeto de una acusacion como ésa, y la pena

con que me amenazas será mi victoria. No me tildes de locura; achácatela más bien á ti por haber creído que me harías renegar de Cristo.

ALMAQUIO. ¡Mujer desdichada! ¿Qué? ¿no sabes que los invencibles príncipes me han dado poder de vida y muerte? Pues ¿cómo te atreves á hablarme con tanto orgullo?

CECILIA. Una cosa es orgullo y otra firmeza; yo he hablado con firmeza; con orgullo no, porque nosotros aborrecemos ese vicio. Si no tuvieras dificultad en oír todavía una verdad, yo te demostraria que lo que acabas de decir es falso.

ALMAQUIO. Veamos. ¿Qué falsedad he dicho yo?

CECILIA. Has dicho una falsedad al asegurar que tus príncipes te han conferido el poder de vida y muerte.

ALMAQUIO. ¿Y acaso he mentido al decirlo?

CECILIA. Sí; y si me lo ordenas, te probaré que has mentido contra la misma evidencia.

ALMAQUIO. Bueno, explícate.

CECILIA. ¿No has dicho que tus príncipes te han dado poder de vida y muerte? Y, sin embargo, sabes que no tienes poder sino de muerte.

Puedes quitar la vida á los que de ella gozan, convenido; pero no sabes devolverla á los que están muertos. Di, pues, que tus Emperadores te han hecho ministro de muerte, y nada más; si añades otra cosa, mientes, y mientes en vano.

ALMAQUIO. Basta de audacia: sacrifica á los dioses. (*Al pronunciar el juez estas palabras, señalaba las estatuas que habia en el Pretorio.*)

CECILIA. Verdaderamente, no sé qué pasa á tus ojos, y cuándo y cómo has perdido el uso de ellos. En los dioses de que me hablas, yo y todos los presentes que tienen la vista sana sólo vemos piedra, bronce ó plomo.

ALMAQUIO. Como filósofo que soy, he despreciado tus injurias cuando sólo se dirigian contra mí; pero la injuria contra los dioses no la puedo sufrir.

CECILIA. Desde que has abierto la boca no has dicho una palabra cuya injusticia, sinrazon ó nulidad no haya yo demostrado; ahora, para que nada falte, te he convencido de que has perdido la vista.

Llamas dioses á esos objetos que, segun vemos nosotros, no son más que piedras, y piedras inútiles. Pálpalas tú mismo y conocerás lo que son. ¿Por qué exponerte de ese modo á la irrisión del pueblo?

Todo el mundo sabe que Dios está en el cielo. Por lo que mira á esas estatuas de piedra, mejor servicio harian si se las echase en un horno para convertirlas en cal.

Se gastan en la inaccion; son impotentes para defenderse de las llamas, lo mismo que para arrancarte á ti de tu perdicion. Sólo Cristo salva de la muerte; sólo él puede librar del fuego al culpable.

XV.

La palma del martirio.

Así terminó Cecilia su gloriosa profesión de fe, en la capital del mundo, abominando el culto idolátrico, sin temor de los tormentos, sin vano respeto al juez y á sus asesores, teniendo por el mayor timbre de gloria llamarse y ser cristiana.

Dispuesta estaba á padecer cuantos martirios intentase la ferocidad y rabia de los gentiles instigados por Satanás, confiando, no en sus propias fuerzas, sino en el poder de la gracia.

No le arredraban las fieras hambrientas, ni los azotes emplomados, ni las hogueras encendidas, ni el filo de la espada.

Habia proclamado en el pretorio al único Dios verdadero, y no tenía dificultad en dar

por él la vida, aunque fuese en el circo, ante miles de espectadores.

Pero Almaquio llevaba otras miras. Temiendo atraer sobre sí las iras de la nobleza, y hacer más pública la victoria de la heroica vírgen, determinó darle la muerte en su propio palacio, sin efusion de sangre.

Pero ¿quién es el hombre para oponerse á los designios de Dios? Los planes mejor combinados caen por tierra cuando Dios no los autoriza ó consiente.

Tenian los romanos en sus palacios una sala de baño, que llamaban *caldarium*.

Por orden de Almaquio fué encerrada la vírgen en el de su propia casa, donde el aire abrasado que subia del gran fuego encendido debajo, y alimentado sin cesar, iria caldeando la habitacion, y moriria abrasada Cecilia, sin necesidad de espada ni de verdugo.

Un dia y una noche pasó la mártir encerrada en la sala de baño, sin que en aquella atmósfera inflamada derramase una sola gota de sudor; ántes bien, respirando un ambiente deliciosísimo.

En vano sudaban los crueles ministros añadiendo cada vez más combustible al fuego. El Señor enviaba un rocío celestial semejante al que refrigeraba á los tres jóvenes del horno de Babilonia, y el *caldarium* era para Cecilia como fresco verjel en una mañana de primavera.

Despechado Almaquio al saber que vivia todavía la jóven, tan sana como dos dias ántes, envió un lictor con órden de cortarle la cabeza en la misma sala donde parece que ella desafiaba á la muerte.

Entró el verdugo armado del instrumento del suplicio, y recibióle la Santa con el mismo agrado que si le trajese la corona nupcial.

Tres fieros golpes descargó el lictor en el cuello de la vírgen, sin que lograrse cortarle enteramente la cabeza. Cayó en tierra, bañada en su propia sangre, aquella inocente corderilla, y el verdugo, aterrorizado, se retiró, porque la ley le prohibia dar á la víctima más de tres golpes.

Es que el Señor queria conceder á la Santa tres dias que le habia pedido de vida para

acabar de arreglar dos asuntos que le interesaban vivamente.

Como quedaron abiertas las puertas del baño al salir el licitor, los cristianos que estaban fuera aguardando la consumacion del sacrificio entraron presurosos, poseidos de profundo respeto y veneracion.

¡Qué escena aquélla! Cecilia, aunque moribunda, se sonrie al ver á los pobres á quienes tanto ama, y ordena que se repartan en limosnas los últimos bienes que le quedan, y saluda afectuosamente á los neófitos convertidos por ella.

Los fieles dan á la heroica jóven las mayores muestras de amor y veneracion, y con lienzos y velos recogen la sangre virginal que sale de sus mortales heridas, esperando verle exhalar por momentos el último suspiro.

Viendo San Urbano que los agentes de la policia no se presentaban en la casa de Cecilia, creyó llegado el momento de poder ver á la mártir.

Entró el venerable Obispo en aquel nuevo santuario, y vió á la santa vírgen inundada

en su propia sangre, como el cordero del sacrificio.

Volviendo á él Cecilia sus moribundos ojos, en que se pintaban todavía la dulzura y heroica grandeza de su alma :

—Padre—le dijo con amor y respeto de hija—he pedido al Señor esta tregua de tres dias para entregar en vuestras manos estos pobres, á los que yo sustentaba, y esta casa, para que sea consagrada en iglesia para siempre.

Dichas estas palabras, nada tenía ya que hacer en este mundo la virtuosa jóven. Acababa de despojarse de las pocas riquezas que le habian quedado, teniendo quien se encargase de repartirlas á sus hermanos los pobres; estaba asegurada la propiedad legal de su palacio en Gordiano, quien se entenderia con el santo Obispo para consagrar en él al verdadero Dios un nuevo templo, y el Señor la convidaba con la inmarcesible corona debida á sus heroicas virtudes.

Estaba Cecilia recostada del lado derecho, juntas las rodillas con virginal modestia; las

piernas con una pequeña inflexion; caidos los brazos hácia adelante, el izquierdo sobre el derecho.

Sintiendo que se le acababan las fuerzas, como si pretendiera guardar el secreto de su último suspiro, que enviaba á su divino Esposo, volvió la cabeza hácia el suelo.

Voló al cielo su dichosa alma, quedando su virginal cuerpo como si gozára de dulce sueño. Los tres primeros dedos de la mano derecha estaban extendidos; los de la mano izquierda, cerrados, excepto el índice. Así permanece hasta el dia de hoy, dejándonos en aquel gesto simbólico un testimonio de la fe, por la que habia derramado su sangre: unidad de la sustancia divina y trinidad de personas.

XVI.

La cripta de los Cecilios.

Era el día 16 de setiembre.

El santo Obispo, asistido de sus diáconos, presidió los funerales de aquella grande mártir.

No se tocó al vestido de la vírgen, mucho más precioso por la púrpura de su gloriosa sangre, en que estaba empapado, que por el oro de que se hallaba recamado.

Colocaron el sagrado cuerpo en una caja de cipres, respetando la postura que habia tomado la Santa al espirar, y á sus piés depositaron arrollados los lienzos y velos con que los fieles habian recogido la sangre que corria de sus profundas heridas.

La sepultura de Cecilia iba á consagrar el nuevo cementerio de la vía Apia ; pues la

cripta de los Cecilios, que no estuvo en disposicion de recibir los cuerpos de Valeriano y Tiburcio, podia ya admitir el de la Santa en la única sala funeraria concluida.

En el fondo de ésta, frente á la entrada, habia á flor de tierra un nicho abovedado, y en él depositaron la caja de cipres, cerrando el sarcófago con una lápida de mármol.

Los muchos mártires que la persecucion de Marco Aurelio hacía cada dia eran depositados en nichos de las galerías que á toda prisa se iban construyendo junto á la sala principal, recibiendo desde entónces aquella region de Roma subterránea el nombre de *Ad Sanctam Cæciliam*, junto á Santa Cecilia.

Muerto el papa San Eleuterio, en 185, le sucedió en la cátedra pontifical San Víctor, y á éste San Ceferino, el cual creó archidiácono á San Calixto, que despues fué Sumo Pontífice.

Hasta entónces los Papas habian sido enterrados en la cripta del Vaticano, abierta por los Cornelios cristianos en el primer siglo de la Iglesia.

Llega el siglo III, y ya los Vicarios de Jesucristo no van á reposar junto al Príncipe de los Apóstoles, al lado de sus antecesores en la silla Pontificia, sino en la cripta de Cecilia.

Bien pudo ser ocasionada esta notable mudanza por alguna circunstancia propia de la cripta vaticana, que no permitiese seguir la costumbre general. Sea por esto, ó porque el cementerio de los Cecilios era más á propósito, lo cierto es que éstos pusieron su cripta á la disposición de San Ceferino, el cual dió el cuidado de ella á San Calixto.

Éste acabó de construir el cementerio, agrandándolo notablemente, decorándolo con munificencia, é introduciendo tales mejoras, que, con el tiempo, mudado el nombre, se le llamó cementerio de Calixto.

La sala principal, ancha, desahogada, muy próxima á la entrada, es la que estaba santificada por guardar las reliquias de la heroica jóven. En adelante, dicha sala se hará famosísima, y uno de los templos más venerandos de Roma subterránea.

Será conocida con el nombre de la Cripta de los Papas, porque en ella van á ser enterrados los Pontífices romanos. En aquel imponente santuario celebrarán el augusto sacrificio de la Misa los Vicarios de Jesucristo, y se colocará una cátedra donde se sentarán los sucesores de San Pedro para dirigir á los fieles su infalible palabra.

Para realizar estos planes habia un grave inconveniente. La pared de enfrente de la sala, sitio de preeminencia, y el más á propósito para colocar el altar y la cátedra pontificia, estaba dignamente ocupado por Cecilia.

Cubrir el sepulcro de la Santa, que se hallaba en la parte baja, poniendo delante el altar y la cátedra, era privar á los fieles del consuelo grandísimo que recibian al ver el sitio donde *dormia* la mártir, y leer la inscripcion de su sepulcro; sacarla de la que podemos llamar con razon su propia casa, parecia medida poco respetuosa, abusando al propio tiempo de la generosidad de los Cecilios.

San Calixto halló á la dificultad una solucion que lo arreglaba todo. En el lado de enfrente del salon, á la izquierda del espectador y á la derecha del sepulcro de la Santa, abrió una puerta, y detras construyó otro salon espacioso, y á él, muy cerca del sepulcro donde actualmente estaba la mártir, y, por consiguiente, de los sepulcros de los sucesores de los Apóstoles, trasladó las sagradas reliquias de Cecilia, veinte años despues de su martirio.

Así sucedió que la fervorosa discípula de Jesucristo, que tanto habia respetado á sus Vicarios en vida, aún despues de muerta les cedia su sitio de honor.

Pero el concurso de los fieles á venerar la heroica jóven romana era tan grande, que fué preciso, andando el tiempo, dar á la nueva cripta de la Santa mayores dimensiones, y construir en ella una claraboya por donde entrase la luz y se renovase el aire.

Murió San Ceferino en 215, y fué el primer Papa á quien se dió sepultura en la cripta de Santa Cecilia.

Gracias á la inviolabilidad de que gozaban los sepulcros entre los romanos, seguian reuniéndose los fieles en sus cementerios, gozando en ellos de paz, si bien tenian que tomar precauciones para no excitar sospechas en la autoridad urbana.

Las galerías se iban multiplicando en todas direcciones hasta formar una red de calles y plazas, que, con razon, ha merecido el nombre de Roma subterránea.

Artistas entendidos empleaban el buril y el pincel en decorar aquella necrópolis de santos, verdadero *dormitorio* en que reposaban y descansaban en paz los justos, despues de la fatiga del combate, miéntras gozaban ya sus almas de los honores de la victoria.

Pero llegó la hora de la persecucion de las catacumbas, como habia llegado la hora de la persecucion de los cristianos : que sólo en el cielo la paz es duradera y estable.

A mediados del siglo III empuñó Valeriano las riendas del Imperio; y viendo que el centro de vida para los fieles de Roma eran

los cementerios , fué el primer perseguidor de la Iglesia que, bajo pena de muerte, prohibió á los cristianos reunirse en las catacumbas.

De la publicacion de este edicto hasta la profanacion de aquellos templos subterráneos no habia más que un paso. En el momento ménos pensado podian bajar los gentiles á las criptas, y, poseídos de fanatismo y atizados por Satanas , su caudillo, destrozarian aquellos venerandos sepulcros, privando á la Iglesia de tantos tesoros acumulados durante más de dos siglos , mucho más preciosos que todo el oro del mundo, y que cuantas piedras preciosas excitan la codicia de los mortales.

Como el peligro era inminente, se trató de evitar y prevenir á toda prisa tamaña desgracia. Las escaleras y entradas principales viéronse en un momento cortadas, é interceptados los corredores, de modo que con grande dificultad hubieran podido los paganos penetrar sin guía en aquel intrincado laberinto.

Los santuarios de Roma subterránea estuvieron por un momento casi desiertos. Reuníanse los fieles, tomando muchas precauciones, en casas particulares convertidas en iglesias, aguardando tiempos más bonancibles.

Vino el siglo IV, y convertido al catolicismo el emperador Constantino, dió, por el edicto de Milan, la libertad á la Iglesia.

Reuniéronse ya desde entónces con toda publicidad los fieles; se construyeron grandiosas basílicas en la Ciudad Eterna, brillando la cruz en las cimas de los edificios públicos, sin que por eso dejaran de ser las catacumbas, durante muchos siglos, objeto de honor y veneracion.

El español San Dámaso, Papa, que en el segundo tercio del siglo IV rigió los destinos de la Iglesia, empleó grandes sumas en el adorno de las catacumbas, consagrando además su númen poético y profunda piedad á la composicion de epitafios, en versos hexámetros, para las criptas y sepulcros más principales.

En los aniversarios de los martirios veíanse multitud de cristianos que de Roma y de los pueblos vecinos acudian á venerar los cuerpos de los santos, cuyo aniversario se celebraba.

En presencia de sus venerandas reliquias leíanse las actas de su martirio, ó hacian los sacerdotes el panegírico del héroe cristiano, animando á los presentes á la imitacion de sus virtudes, y á que acudiesen á su poderosa intercesion.

XVII.

El sepulcro de Santa Cecilia.

Dos fiestas dedicaban los romanos á Santa Cecilia : el 16 de setiembre, como aniversario de su martirio, ó sea de su *nacimiento* á mejor vida, y el 22 de noviembre, aniversario del dia en que parece fué dedicada su casa y consagrada en iglesia.

En el año 536, siendo Pontífice Silverio, los godos, capitaneados por Vitiges, sitiaron á Roma, penetraron en las catacumbas, y las profanaron, ensañándose principalmente contra las lápidas y sepulcros de los mártires.

Como una de las sepulturas más precia-
das habia sido siempre la de Santa Cecilia,
los fieles, para evitar su destruccion, la ta-
piaron con tal disimulo, que al bajar los bár-

baros no dieron con ella, quedando de este modo intacta.

Juan III, que de 560 á 572 gobernó la Iglesia, restauró de nuevo las catacumbas; pero éstas sufrieron nuevas devastaciones en la irrupcion de los lombardos, mandados por su rey Astolfo. Y no fué esto lo peor, sino que viniendo tras la devastacion y el pillaje el descuido de los fieles, parte de aquellas vías subterráneas, que pedian continua vigilancia é incesantes reparaciones, se vieron obstruidas por la tierra que caía, y por el desmoronamiento de algunas paredes.

San Pablo, Vicario de Jesucristo, de 757 á 767, no sufriendole el corazon ver abandonadas las criptas, y en continuo peligro de nuevos hundimientos y profanaciones, abrió muchos sepulcros, y distribuyó sus reliquias entre los títulos, diaconías, monasterios y otras iglesias de Roma.

Imitóle San Pascual, y desde el año 818, segundo de su pontificado, construyó convenientes sepulturas en las iglesias, y empezó á trasladar á ellas las reliquias de los márti-

res, conduciendo los cuerpos santos, con acompañamiento de innumerables fieles, que iban en procesion. A sola la basílica de Santa Práxedes llevó 2.300 cuerpos de mártires.

Tal habia sido la habilidad con que tapiaron los fieles el sepulcro de Santa Cecilia, y el secreto con que lo hicieron para libertarlo de la profanacion, que muertos los autores del piadoso fraude, se perdió con ellos la memoria exacta del sitio donde reposaba el cuerpo de la Santa Virgen; de suerte, que en vano se le buscó para hacer su traslacion.

Llegó el año 821. Un dia yendo el santo Pontífice Pascual á hacer oracion en la basílica de Santa Cecilia, construida en la casa donde padeció el martirio, y que dejó á la Iglesia para convertirla en templo, se llenó de pena el Papa al ver lo deteriorado que estaba un monumento de tanta veneracion.

Sus muros, restaurados más de dos siglos ántes por San Gregorio I, habian sufrido mucho, y si no se acudia á tiempo, amenazaban completa ruina.

Resolvió, pues, construir un nuevo templo en el mismo sitio, levantándole desde los cimientos, con mayor magnificencia que el primero. Llevado el edificio á feliz término, sólo le faltaba enriquecerlo con el principal y más propio tesoro, colocando en él el cuerpo de la Santa.

Vanos fueron los esfuerzos para hallarlo. Pero un dia se le apareció la vírgen romana, y le ordenó que no dejase de continuar las pesquisas, pues al fin daría con sus reliquias.

Efectivamente, prosiguiendo el Papa las investigaciones, halló el sepulcro tal como le habia dejado San Urbano. Allí estaba la caja de cipres, y en ella reposaba la Santa en la misma actitud que habia tomado al morir, vestida con el mismo vestido de seda y oro con que se habia engalanado para presentarse en el tribunal del tirano á confesar la fe.

A pesar de haber trascurrido cerca de seis siglos y medio, se veian en el cuello de la mártir las profundas heridas recibidas

por Jesucristo, y en el vestido la sangre de la vírgen, que era su más precioso adorno.

A los piés de la Santa se hallaron intactos los lienzos que dijimos habian depositado los fieles empapados en la sangre de la vírgen.

El 8 de mayo de 822 celebró el Papa la dedicacion de la nueva iglesia, y la Santa volvió de nuevo á su antigua casa.

Adornó el Pontífice la caja de cipres por la parte interior, revistiéndola con preciosa tela de seda; dejó á la Santa en la actitud en que la encontró, y cubrió el santo cuerpo con riquísimo tisú de oro.

La caja fué colocada en un sarcófago de mármol, debajo del altar, pero á bastante profundidad; y junto á ella, los cuerpos de los Pontífices San Lucio y San Urbano, y de los santos Valeriano, Tiburcio y Máximo.

Pero el que tal vez se esmeró más en venerar á la Santa y embellecer su santa casa fué el cardenal Pablo Emilio Sfondrato, que el 25 de enero de 1591 tomó posesion del título de Santa Cecilia.

Sin perdonar á gastos, enriqueció la basílica notablemente. Colocó la caja de cipres, en que reposaba la Santa, dentro de otra de plata esmaltada con adornos de oro, y restauró la sala del baño donde murió la vírgen.

Propagóse el culto de Santa Cecilia en toda la cristiandad; erigiéronsele magníficos templos; los más distinguidos pintores emplearon sus inspirados pinceles para representarnos muy al vivo las conmovedoras escenas de su vida, principalmente las de su matrimonio y su martirio.

La pintan ordinariamente con algun instrumento músico en las manos, y la tienen los fieles por patrona de la música. De sus actas sólo se saca que al oír la música profana con que celebraban su desposorio con Valeriano, remontándose su espíritu á una region superior, *cantaba* en su corazon un verso de David, pidiendo al Señor la pureza de cuerpo y alma.

Cierto que, acostumbrada al trato con los ángeles, oiria frecuentemente las melodías

celestiales, que elevan el alma á Dios y la unen con el autor de toda armonía.

Sea lo que quiera del origen de esta tradición, es respetable la unanimidad con que las naciones cristianas la saludan como á reina de la armonía, y patrona de la música.

XVIII.

Las Catacumbas.

La lectura de la vida interesantísima de la vírgen romana produce naturalmente en el ánimo amor y veneracion admirable á todo lo que con la Santa tiene alguna relacion.

Pero de una manera especial parece que se nos va el corazon, como movido por un misterioso resorte, á las catacumbas de Roma, perdido el miedo á aquellos subterráneos, oscuros de suyo, y que en sus intrincados laberintos guardan tantas víctimas y trofeos de la muerte.

Esto ven los ojos del cuerpo; pero el corazon, iluminado con la luz sobrenatural, sólo contempla en la Roma subterránea objetos y recuerdos que le llenan de un misterioso respeto y veneracion.

Allí pasó Cecilia gran parte de su vida; allí acudió á venerar los cuerpos de los mártires, á oír su elogio, pronunciado por los Sumos Pontífices ó sus vicarios; allí recibió su noble alma aquel temple de héroe que la hizo superior á todos los temores y esperanzas humanas, á los goces y honores pasajeros y falaces con que la brindaba el mundo. Su permanencia en las catacumbas sólo le hacía suspirar por lo celestial, por lo eterno y divino.

¿Quién, en compañía de la noble y esclarecida hija de los Cecilios, no bajará sin recelo y sin temor á aquellas regiones misteriosas?

¡Si cabalmente son las catacumbas la copia más perfecta que del cielo ha existido en la tierra! En ellas no hay más que fieles discípulos de Jesucristo, que descansan en paz, ó que, viviendo aún en carne mortal, se reúnen para orar, instruirse en las verdades de nuestra santa fe, y disponerse para el martirio.

Cada sepultura es un altar donde reposa

un cuerpo santo; cada galería es un museo sagrado donde entran hasta por los ojos las enseñanzas cristianas, que llenan de esfuerzo sobrehumano el corazón.

Cada cripta principal es un santuario de grande devoción, donde se celebran los divinos misterios, los catecúmenos son regenerados, los soldados de Jesucristo reciben nuevo esfuerzo y valor, son purificadas sus almas, y alimentadas con el cuerpo y sangre de Dios Hombre; la unión de los esposos recibe la bendición del cielo, y por la imposición de las manos del Vicario de Jesucristo son elevados á la dignidad sacerdotal aquellos á los que el Señor llama á tan sublime estado.

Vamos, pues, á dar alguna breve, pero clara explicación, que nos haga conocer y amar más las catacumbas romanas.

Éstas son subterráneos abiertos por los primeros cristianos para depositar en ellos á sus hermanos que han pasado á mejor vida, practicar el culto, y hallar un asilo en tiempo de persecución.

Al principio sólo se llamaba catacumbas la cripta donde algun tiempo estuvieron ocultos los sagrados cuerpos de San Pedro y San Pablo; pero luégo se aplicó esta denominacion á todos los cementerios subterráneos de los cristianos.

Hasta el presente se han descubierto en Roma unos sesenta cementerios subterráneos de nombre distinto. Éste le toman de algun santo ó santos principales en él enterrados; ó del sitio en que fueron construidos, ó de los amos en cuyos terrenos fueron abiertos, ó bien de los que, en los ya existentes, hicieron mejoras considerables agrandándolos ó embelleciéndolos notablemente. Á veces llegaron á perder, con el tiempo, el nombre primitivo, tomando otro que le hacian dar nuevas circunstancias, ó se quedaban con los dos.

Todos están construidos debajo de tierra, pasada la capa movediza, y en el terreno compacto, para que no se hundiesen las bóvedas; pero su nivel es siempre superior al de las inundaciones del Tíber.

Se baja á ellos por escaleras rápidas, cuya entrada se halla en algunas iglesias, construidas más tarde, ó en viñas algo apartadas de la poblacion.

Algunos tienen varios pisos; á veces hasta cinco, unos encima de otros, que tambien se comunican por escaleras.

Para formarse idea aproximada de lo que eran las catacumbas, basta figurarse una ciudad cualquiera que sólo constase de calles y plazas, y en la que los huecos ocupados por las casas estuviesen llenos de tierra.

Las paredes laterales se hallan revestidas de ladrillo, dejando, en el espesor de ellas, nichos sobrepuestos como los de nuestros cementerios, en número variable; en algunos puntos hay hasta doce. Los cuerpos santos eran depositados horizontalmente á lo largo de la pared, uno en cada nicho; otras veces dos, en direccion opuesta, y la abertura se cubria con una losa, generalmente de mármol ó de barro cocido, en la que se grababa el nombre del mártir ó confesor, ó emblemas religiosos.

En los cuartos ó salones más anchos solia estar enterrado algun santo mártir, al rededor del cual se sepultaban los que por devocion suya lo habian deseado.

Unas salas servian propiamente de iglesias, y á las demas solamente acudian los fieles para venerar los restos de los mártires, especialmente en sus aniversarios.

Las paredes y bóvedas de las galerías y salas están revestidas de estuco y adornadas con pinturas. La escasa luz de que se gozaba en las catacumbas venía de claraboyas que solian dar al campo, por las cuales, en circunstancias excepcionales, bajaban los cadáveres de los fieles. Por lo demas, habia lámparas de bronce colgadas de las bóvedas, ó colocadas delante de los cuerpos de algunos mártires, ó bien eran de barro cocido, y estaban en los ángulos puestas en palomillas ó en nichos, y eran alimentadas con aceite de olivas.

El bautismo se solia aplicar por inmersion, sumergiendo á los catecúmenos en cisternas ó baños construidos con este fin.

Empezáronse á abrir las catacumbas ya en el primer siglo de la Iglesia, áun ántes de la muerte de San Pedro. No son, como vulgarmente se cree, excavaciones hechas por los paganos para sacar arena ó piedra, y aprovechadas despues por los cristianos; sino galerías abiertas por los mismos fieles en terrenos, ni tan ligeros que se desmoronasen las paredes, ni tan duros que costase mucho trabajo la perforacion. Los romanos, por el contrario, buscaban los terrenos movedizos para sacar arena, ó los muy compactos, de donde arrancaban materiales para la construccion, y dejaban los intermedios, que para ninguno de ambos usos les servian.

Ademas, en los *arenales* y *canteras* de los romanos jamás se hallan galerías rectas ni paredes verticales; como que los trabajadores trataban únicamente de sacar el mayor provecho que podian del trabajo, y para esto seguian la mejor veta, donde con ménos fatiga adelantasen más.

Por otra parte, estas galerías eran anchas, para que trabajasen con más libertad y des-

ahogo los obreros; los cementerios, por el contrario, son tan estrechos, que, por término medio, no pasan de ochenta á ochenta y cinco centímetros de ancho, despues de revestidos de ladrillo, y ademas, las calles son rectas y de paredes verticales. Sin embargo, alguna que otra vez se aprovecharon los fieles de las excavaciones paganas, arreglándolas de modo que pudiesen servirles de enterramientos.

Los cementerios cristianos se diferencian notablemente de los gentiles. Éstos solian ser pequeños, con el fin de dar sepultura á un solo individuo ó á una sola familia; aquéllos eran generales, y daban indistintamente cabida á los cristianos que iban muriendo de muerte natural, ó martirizados por los tiranos, de cualquiera clase y condicion que fuesen.

Los gentiles dejaban abiertos los nichos, como que sus cementerios no servian para los vivos, que no los frecuentaban, sino para enterrar los muertos. Los nichos de los cristianos estaban bien cerrados, para evitar el

mal olor de los cuerpos, aunque muchas veces, además de tomar esta precaución, los embalsamaban; y algunas, los cubrían con cal.

Los cementerios contruidos por los cristianos ocupan un espacio tal, que si se pudiesen las galerías una tras otra, formarían una calle de ochocientos setenta y seis kilómetros; obra que pidió cerca de cinco siglos de trabajo para llevarla á cabo.

Durante los dos primeros siglos, como los cementerios eran respetados, el trabajo se hacía fácil, pudiendo los fieles entrar y salir libremente y llevar la tierra removida á donde querían.

Á partir del tercer siglo aumentaban las dificultades, por ser necesarias más precauciones, tanto para la salida y entrada de los cristianos en las catacumbas, como para deshacerse de la tierra sacada de las galerías.

Cuando de ningun otro modo podían echarla fuera, y urgía la construcción de nuevos nichos, ponían la tierra en galerías

llenas ya de sepulturas, y donde los que allí reposaban no habian sido muy notables por su santidad, ó aunque lo fuesen, urgia dar cabida á los nuevos mártires ó fieles difuntos.

Á cubrir todos los gastos de jornales, instrumentos y material de construccion acudian las familias nobles, que se desprendian gustosas de sus bienes en servicio de la Iglesia, y de sus hermanos en Jesucristo que habian pasado á mejor vida.

Várias han sido las personas inteligentes que se han dedicado á estudiar y describir las catacumbas de Roma, aunque no todas con el mismo acierto y felicidad.

El primero de los contemporáneos que salió de la rutina seguida por sus predecesores fué el P. José Marchi, jesuita del Colegio Romano, emprendiendo sus investigaciones con mejor plan, logrando, por consiguiente, obtener mejores resultados.

Pero la mayor gloria del célebre jesuita fué haber tenido por discípulo en sus investigaciones de Roma subterránea, y haberle comunicado su espíritu emprendedor y su

amor al arte cristiano al caballero J. B. De' Rossi.

Juntamente con éste trabajó algo más tarde su no ménos inteligente y activo hermano D. Miguel De' Rossi.

Gratamente sorprendido Pío IX por los felices descubrimientos que le comunicaban los infatigables investigadores de las catacumbas, creó, en 1851, la *Comision de Arqueología Sagrada*, dándole por Presidente al Cardenal Vicario, y favoreciendo generosamente sus penosas y delicadas investigaciones.

El 26 de abril de 1856 se celebró de nuevo, despues de tantos siglos, el santo sacrificio de la Misa delante del nicho donde habia estado por segunda vez el cuerpo de Santa Cecilia. Seis años más tarde, el 22 de noviembre, por órden de S. E. el Cardenal Patrizzi, Vicario de Su Santidad y Presidente de la Comision de Arqueología Sagrada, se abrió al culto la cripta de Santa Cecilia, á la que acudieron muchos fieles.

Merced á las curiosas y perseverantes in-

vestigaciones de los miembros de la Comisión, se va cada día enriqueciendo con nuevos datos la historia de la Iglesia, al propio tiempo que se fomenta y se fortifica más la piedad de los fieles.

ORACION

Á SANTA CECILIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

¡Oh Cecilia digna de toda alabanza! Supiste conservar tu cuerpo sin mancha, y librar tu corazon de todo amor sensual. Te presentaste á tu Criador como esposa immaculada, cuya felicidad fué ennoblecida por el martirio. Él te admitió á los honores de esposa como á Vírgen sin mancilla.

¡Oh Vírgen sagrada! El Señor, en los consejos de su sabiduría, quiso coronar tu frente de perfumadas y suaves rosas. Tú fuiste el lazo de union de los dos hermanos, para reunirlos en una misma felicidad, y tu oracion los ayudó. Ellos, abandonando el culto impuro del error, se mostraron dignos

de recibir la misericordia de aquel que nació de la Virgen, y quiso esparcirse entre nosotros como divino perfume.

Despreciaste las riquezas de la tierra, deseando ardientemente poseer el tesoro del cielo; desdeñando los amores de acá abajo, escogiste tu asiento entre los coros de las Vírgenes, y tu sabiduría te condujo al celestial Esposo. ¡Oh honra de los atletas de Cristo! Combatiste con valor, y rechazaste por tu varonil denuedo las asaltos del perverso enemigo.

¡Oh gloriosa Cecilia, augusta mártir! Tú eres templo castísimo de Cristo, morada celestial, casa purísima. Dígnate infundir el esplendor de tu intercesion sobre nosotros, que celebramos tus alabanzas.

Enamorada de la hermosura de Jesucristo, fortificada con su amor, suspirando por sus delicias, pareciste muerta al mundo y á cuanto en el mundo hay, y fuiste hallada digna de la eterna vida.

¡Oh mártir digna de toda recompensa! El amor inmaterial te hizo desdeñar el amor

de los sentidos. Tus palabras vivificantes y llenas de sabiduría determinaron á tu esposo á quedar vírgen contigo: ahora te ves asociada con él al coro de los Angeles.

Un Angel refulgente, encargado de guardarte, te asistia de continuo, rodeándote de divino resplandor; su brazo alejaba al enemigo que te queria hacer daño; te conservó casta y pura, siempre agradable á Cristo por la fe y por la gracia.

¡Oh Cecilia! El deseo de poseer á Dios, el amor que nace de lo más íntimo del alma, el ardor divino, te inflamaron haciendo de ti un Angel en cuerpo humano.

¡Oh Cecilia llena de Dios! Eres fuente sellada, jardin cerrado, hermosura reservada, esposa gloriosa, que brilla bajo la diadema; paraíso florido y divino del Rey de los ejércitos.

(Estrofas de las MENEAS, ó propio de los Santos, de la Iglesia de Constantinopla.)

FIN.

ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCION.	5
I Roma á mediados del siglo II.	9
II Nacimiento y niñez de Cecilia.	13
III La Virgen.	19
IV La Esposa.	25
V Temores y esperanzas.	35
VI Bautismo de Valeriano.	43
VII Conversion de Tiburcio.	49
VIII Bautismo de Tiburcio.	67
IX Preparacion para el martirio.	73
X Los dos hermanos ante Almaquio.	79
XI El notario de Almaquio.	95
XII Tres nuevos mártires.	103
XIII Los agentes de Almaquio.	109
XIV Interrogatorio de Cecilia.	115
XV La palma del martirio.	123
XVI La cripta de los Cecilios.	129
XVII El sepulcro de Santa Cecilia.	139
XVIII Las Catacumbas.	147
Oracion á Santa Cecilia, virgen y mártir.	159

OBRAS ASCÉTICAS

ESCOGIDAS DEL

P. PEDRO DE RIVADENEIRA.

Tratado de la Tribulacion: segunda edicion, con el retrato del autor, grabado en acero: un volumen de 464 páginas, 16 reales en Madrid y 18 en provincias.

Vida y Misterios de Cristo Nuestro Señor: un volumen de 416 páginas, con un hermosísimo grabado en acero, 16 reales en Madrid y 18 en provincias.—*La vida sola* (sin los discursos sobre los misterios): en un volumen de 107 páginas, elegantemente encartonado, muy útil para las escuelas de instruccion primaria y centros católicos; declarada de texto por Real orden de 23 de Mayo de 1882, inserta en la Gaceta del 12 Junio, al ínfimo precio de 2 reales en toda España. Ademas se regala un ejemplar en docena.

Vida y Misterios de la Virgen Maria: un volumen de 418 páginas, con dos preciosos grabados en acero, de la Dolorosa y el San José de Murillo, 16 reales en Madrid y 18 en provincias.

Vida de San Ignacio de Loyola: un abultadísimo volumen, con un admirable retrato del ilustre fundador, 24 reales en Madrid y 28 en provincias. Agotada la edicion.

Manual de Oraciones: un volumen de 368 páginas, con cinco magníficas láminas, debidas al buril del insigne artista Sr. Maura. Tiene concedidas varias indulgencias. Quedan pocos ejemplares: 16 reales en Madrid y 18 en provincias.

Vida de San Francisco de Asis: edicion diamante, en papel de hilo, con un hermoso grabado en cobre, del cuadro de Murillo: 3 reales en toda España.

Vida de la Santísima Virgen, con muchas y preciosísimas oraciones, enriquecidas con varias indulgencias: edicion diamante, en papel de hilo, con un grabado en cobre, de la Purísima Concepcion de Murillo: 4 reales en toda España.

DE VARIOS AUTORES.

Vida de Santa Teresa de Jesus, por el P. Nieremberg : edicion diamante, en papel de hilo, con el retrato de la insigne fundadora y el facsimile de su firma : 4 reales en toda España. Quedan pocos ejemplares.

Vida de Santa Teresa de Jesus, escrita por ella misma : edicion elegantísima, en papel de hilo, con un muy parecido retrato de nuestra Santa compatriota : un hermoso tomo de 37 pliegos de impresion correcta y esmerada, 24 reales en Madrid y 26 en provincias. Está para agotarse la corta tirada que se ha hecho.

Libro de las fundaciones que hizo en España Santa Teresa de Jesus, conforme al original autógrafo, anotado por D. Vicente de la Fuente. Esta obra, continuacion y complemento de la *Vida*, y en la que respaldece de un modo singular el estilo admirablemente sencillo y elegante de la que es gloria de nuestra patria, se halla de venta á 16 reales en Madrid y 18 en provincias. Ejemplares en papel de hilo, á 24 reales en toda España.

Vida de Santa Cecilia virgen y mártir por el P. Cecilio Gómez Rodeles. Obra muy á propósito para lectura de los jóvenes de ambos sexos, y que no sólo recrea el ánimo, sino que al mismo tiempo instruye, porque en ella se da á conocer el estado de Roma á mediados del siglo II, y se describen las Catacumbas, de inefables recuerdos para todo corazon cristiano.— Se vende, á seis reales, en toda España.

Los pedidos, acompañados de su importe, al Editor don José del Ojo y Gómez, Leganitos, 18, 2.º izquierda.

Armonia entre la ciencia y la fe, por el P. Miguel Mir. Esta obra notabilísima, que ha merecido el honor de que sea traducida al frances, al inglés y al aleman, rara vez concedido á las producciones científicas españolas, se vende, á 6 pesetas en Madrid y 6,50 en provincias.

EN PRENSA Y PRÓXIMOS Á PUBLICARSE.

Manual escogido de lecturas piadosas, entresacadas de los libros ascéticos más selectos, compuestos por Padres españoles de la Compañía de Jesus, por el P. Cecilio Gómez Rodeles, de la misma Compañía.

Vida del célebre Misionero P. Pedro Calatayud, de la Compañía de Jesus, y relacion de sus apostólicas empresas en los reinos de España y Portugal (1689-1773), por el P. Cecilio Gómez Rodeles.

Esta obra se halla de venta en las principales librerías, al precio de **1 peseta y 50 céntimos** en toda España. Los pedidos, acompañados de su importe, al Editor, D. José del Ojo y Gómez, Leganitos, 18, 2.º izquierda.

En las mismas librerías se hallan de venta las siguientes obras, impresas con el mayor lujo y elegancia, muy á propósito para regalo á las personas piadosas y amantes de las buenas ediciones de nuestros místicos:

Vida de la Santísima Virgen, por el P. Rivadeneira, con muchas y preciosísimas oraciones, enriquecidas con varias indulgencias: edicion diamante, en papel de hilo, con un grabado en cobre, de la Purísima Concepcion de Murillo: 4 reales en toda España.

Vida de Santa Teresa de Jesus, por el P. Nieremberg: edicion diamante, en papel de hilo, con el retrato de la insigne Fundadora y el facsimile de su firma: 4 reales en toda España. Quedan pocos ejemplares.

Vida de Santa Teresa de Jesus, escrita por ella misma: edicion elegantísima, en papel de hilo, con un muy parecido retrato de nuestra Santa compatriota: un hermoso tomo de 37 pliegos de impresion correcta y esmerada, 24 reales en Madrid y 26 en provincias. Está para agotarse la corta tirada que se ha hecho.

Libro de las fundaciones que hizo en España Santa Teresa de Jesus, conforme al original autógrafo, anotado por D. Vicente de la Fuente. Esta obra, continuacion y complemento de la *Vida*, y en la que resplandece de un modo singular el estilo admirablemente sencillo y elegante de la que es gloria de nuestra patria, se halla de venta á 16 reales en Madrid y 18 en provincias. Ejemplares en papel de hilo, á 24 reales en toda España.

Los pedidos, acompañados de su importe, al Editor don José del Ojo y Gómez, Leganitos, 18, 2.º izquierda.

Armonía entre la ciencia y la fe, por el P. Miguel Mir. Esta obra notabilísima, que ha merecido el honor de que sea traducida al francés, al inglés y al alemán, rara vez concedido á las producciones científicas españolas, se vende, á 6 pesetas, en Madrid, y 6,50 en provincias.

WIDIA DEB SANTI CECILIA.

1888